

Selección



CURTIS GARLAND

LA NOCHE DEL REPTIL

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Su alarido de horror infinito se estranguló en un estertor primero, en un horrible silencio después, cuando la forma de la noche cayó sobre él, le envolvió en un contacto mortífero, y un cuerpo frío y viscoso reptó sobre el yacente borrachín, en medio del sonido de una succión profunda y atroz, unida a un deslizamiento sinuoso, sutil, que mantenía electrizado al bosque entero, silenciado por el temor a la criatura llegada de lo desconocido.

Momentos más tarde, la forma cautelosa se despegaba del lugar donde cayera Paulo Carlos. Era sólo un cuerpo inerte, bañado en sangre, el que quedaba allí, con sus huesos reventados, con el cuello quebrado, el rostro amoratado, la boca goteando sangre por la fractura de sus costillas y tráquea, por los desgarros brutales de unos pulmones que parecían haber sido expuestos al anillo mortal de un gigantesco reptil, de especie desconocida.

Un reptil que ahora, extrañamente, se erguía sobre sí mismo, para dar la impresión de que caminaba como un ser humano, para sepultarse de nuevo en las insondables negruras de la selva amazónica.



Curtis Garland

La noche del reptil

Bolsilibros: Selección Terror - 300

ePub r1.0

xico_weno 15.01.18

Título original: *La noche del reptil*
Curtis Garland, 1978
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



Capítulo primero

HACÍA demasiado calor aquella noche.

Allí siempre hacía demasiado calor. Pero Paulo Carlos aún tenía más calor esta noche. Quizá porque el abultado vientre de Paulo Carlos tenía demasiado aguardiente en su interior. Y aun así, todavía una botella llena del mismo licor iba bien apretada contra su cuerpo, mientras movía la hojarasca, para abandonar el claro donde se alzaban las chozas del pueblo, y dirigirse a su vivienda junto al río.

Ya era tarde, y Ze Moreira estaba cerrando su cantina.

Algunas luces se habían apagado en los porches. Pero eso a Paulo Carlos no le asustaba gran cosa. Él era un hombre que no temía a la oscuridad, como no temía a los caimanes, a las víboras o a los animales salvajes de la jungla. Se había criado entre ellos, y formaban parte de su vida. A él lo único que le preocupaba era no tener suficientes cruzeiros para no poderse tomar una generosa dosis de aguardiente en la cantina de Ze Moreira. Porque Ze Moreira era una especie de cerdo humano que no fiaba a nadie, ni siquiera a los clientes de siempre. Él siempre iba tras el dinero, y no tenía piedad de nadie.

—El diablo se lleve pronto al cochino Moreira —refunfuñó Paulo Carlos, introduciéndose ya en la espesura. Las cañas y palmas volvieron a su posición, a espaldas suyas, y las luces del poblado dejaron de brillar a su espalda. Allí la espesura era demasiado frondosa como para permitir siquiera la entrada de una rendija de luz.

Se secó el sudor del rostro, oscuro de sol y de influencias raciales, con un simple manotazo. Eructó, y siguió adelante, canturreando entre dientes. Se sentía alegre. Él siempre estaba alegre cuando había bebido lo suficiente y llevaba encima su botella para seguir bebiendo hasta el nuevo día. Al diablo con todo lo

demás. Al otro día no iría a trabajar al embarcadero, y dormiría la borrachera. Era lo que acostumbraba a hacer, y nadie le decía nada. ¿Para qué iban a hacerlo? Todos, allí, sabían cómo era Paulo Carlos.

Cuando volviera al trabajo, sería de nuevo el más fuerte y el más laborioso. Pero que le dejaran con sus costumbres y sus aficiones. Así era él, y así tenían que aceptarlo.

—Maldita sea, hace más calor esta noche que nunca —refunfuñó, cuando notó de nuevo que el sudor humedecía su gruesa cara y sus negros cabellos grasientos—. Si no vienen pronto las lluvias, acabaremos todos asfixiados.

Y era cierto. Él no era un tipo que hiciera ascos al calor.

Como los demás habitantes del poblado o de sus alrededores ribereños, estaba acostumbrado a las altas temperaturas amazónicas. Eso era una cosa, y otra muy diferente aquella ola de calor de estas fechas. Porque durante las noches era bien sabido que en la selva hacía incluso frío, sobre todo cuando las brumas descendían hasta posarse sobre la espesura, saturándola de helada humedad, en contraste con los ardientes días soleados o el bochorno de las jornadas nubosas.

Pero hacía semanas que ni siquiera bajaban las brumas nocturnas o descendía la temperatura durante la noche. Y eso empezaba a ser molesto, incluso para ellos, los habitantes de aquel sitio.

—Al diablo con el calor —rezongó, volviendo a canturrear, de buen humor—. El aguardiente hace olvidar todo.

En cuanto me acueste, me echaré un buen trago… y seguro que dormiré a pierna suelta hasta el amanecer…

Y soltó una risotada, continuando su canturreo de un tema popular entre los cargadores del embarcadero. A su alrededor, el único ruido perceptible era el canto de los grillos, el crujido de las plantas a su paso, y los mil indefinibles rumores de la selva en la noche. Todo eso resultaba lo bastante familiar a su oído para no producirle inquietud alguna.

De repente, se hizo el silencio. Y eso sí le inquietó. Nunca había un silencio completo en la jungla. Nunca un silencio así… a menos que fuese a ocurrir algo.

Paulo Carlos se detuvo y frunció el ceño. Escuchó. No se oía nada.

Él conocía bien aquellas selvas. Sabía que, en la noche, mil animales diversos, noctívagos todos, deambulaban en la espesura, buscando su alimento, abandonando sus refugios del día. Como el surucucú Lachesis Muta, con sus más de cuatro metros de largo, un reptil peligroso; como las cecilias, anfibios que sólo emergían de la tierra en la oscuridad, los colibríes y los guácharos en las altas ramas, guiándose en las tinieblas por el sonido y los olores, o los felinos como el irará, el maracayá o el propio jaguar; como los monos débidos, los tities, el tapir, el guardatinajo, o conículus paca, roedor ribereño que sólo deambulaba de noche en la zona selvática tropical…

Y estaban también los murciélagos, los vampiros, mamíferos eminentemente nocturnos, guiándose en su aleteo por el radar de su propio vuelo, al rebotar en las superficies cercanas…

Sí. La noche de la selva amazónica estaba llena de vida palpitante, de ruidos, de susurros, de murmullos indefinibles. Sólo cuando algo raro ocurría, cuando una nueva e inquietante criatura paralizaba el instinto de todos esos noctámbulos de la espesura, el silencio llegaba a producirse.

Y ése era el caso ahora.

Algo ocurría. Alguien andaba cerca. Paulo Carlos no era miedoso. Y menos cuando llevaba dentro de su ser una generosa dosis de ginebra. Sin embargo, el silencio selvático le inquietó.

Miró en torno, enarbolando la botella como un arma. Su zurda fue al cuchillo de ancha hoja que sostenía su cinturón, y que igual servía para cortar hojarasca, que para acuchillar a un animal peligroso o defenderse de un merodeador. Claro que allí no había merodeadores. ¿Quién iba a perder el tiempo atacando a un tipo como él, que nunca llevaba encima más allá de unos pocos cruzeiros?

—Eh… ¿Hay alguien por ahí? —farfulló roncamente, encarándose con la fronda que, ante él, formaba una especie de muralla natural.

Nadie respondió, pero él estuvo seguro de captar un murmullo sordo, más allá de aquella pared verde oscura, insondable y profunda como la noche misma.

Ni siquiera las ranas cantaban su estridente tonada, en las charcas próximas al río, allá en la zona pantanosa que bordeaba el

camino hacia su cabaña. Habitualmente eran las peligrosas y multicolores componentes del grupo que los científicos llamaban Dendrobatinae, ranas de bellos tonos rojos, verdes o violáceos, pero cuyo veneno podía, sorprendentemente para el profano, paralizar y hasta matar.

No. Tampoco los batracios se sentían bulliciosos esta noche. Paulo Carlos, de repente, se sintió realmente alarmado por aquel tenso, agobiante silencio que, tan viscoso como el húmedo calor tropical, se estaba adhiriendo a él como algo material y pegajoso.

—¡Vamos, responda!, —exigió con voz ronca—. ¡Sé que alguien anda metido por ahí, maldito sea! ¡Hable de una vez por todas, si no quiere que le corte el cuello de un tajo! —Y la luz de las estrellas, aunque débil, centelleó en la ancha hoja de acero de su machete, enarbolado en el aire rabiosamente. La mirada inyectada en sangre del poco sereno Paulo Carlos continuaba clavada en el muro de vegetación selvática.

De repente, llegó algo. Un sonido. Quizá una respuesta. No era lo que Paulo Carlos había esperado. Quizá por ello, su cuerpo fornido sufrió una convulsión. Si no era miedo lo que empezaba a sentir, se le parecía demasiado.

Y es que nada inquieta más a un hombre decidido y valiente que enfrentarse a algo que desconoce, algo que no es lo que presentía. Algo que ni siquiera da la cara, y muestra su verdadera naturaleza.

Porque lo que había llegado hasta él era un sonido. Un simple sonido.

Pero un sonido inquietante, estremecedor. Un ruido que en modo parecía humano.

Y que, sin embargo, tampoco parecía animal…

Un roce. Un deslizamiento susurrante entre la espesura.

Como el deslizar de un reptil o de un anfibio. Pero más estridente, más alargado, más inconcreto también.

Como si un hombre, al deslizarse reptando, pudiese arrastrar una enorme tripa por el suelo fangoso y blando, más allá de cañaverales y palmas. Pero no, no podía ser tampoco un hombre.

Paulo Carlos podía no ser miedoso. Pero era supersticioso, y ahora era un temor que iba más allá de lo natural el que se estaba apoderando de él con celeridad. De súbito, había llegado a su torpe cerebro, repleto de vapores de alcohol, una idea horrible.

Lo que había allí detrás, cerca de él, arrastrándose por la selva, no era animal. Pero tampoco era humano.

Él conocía bien los ruidos de la jungla. Sabía el que podía producir un felino, un reptil o un ser humano. Y esto no pertenecía a ninguna de esas especies. Era algo nuevo. Diferente. Aterrador.

—Maldición… —jadeó, dando unos pasos atrás instintivamente, con sus ojos desorbitados—. ¿Qué… qué es eso?

La sangre se heló en sus venas, pese al intenso calor húmedo de la noche. La hojarasca y las cañas se estaban abriendo, cediendo al paso de algo o alguien… Era un movimiento lento, cauteloso, que hacía crujir los matorrales siniestramente. Paulo Carlos dejó caer de su mano sudorosa y resbaladiza su ancho machete, tal era su terror.

Intentó recuperarlo. Se inclinó para ello, la mirada extraviada, fija en aquel insondable muro de verdor lujurioso.

Y, entonces, lo vio.

Su mano trémula se engarfió, alejándose con rapidez del machete, como si éste se hubiera transformado en áspid venenoso. Los ojos se desorbitaron, fijos en… en aquello que surgía, sigiloso, entre la espesura.

Una mirada maligna se clavaba en él. Un cuerpo se deslizaba, emitiendo aquel susurro demencial entre la espesura, quebrando ramitas y aplastando hojas del exuberante follaje.

—No… no… —Susurró Paulo Carlos, trémulo, lleno de incredulidad y horror—. No es posible… ¡No es posible!

Intentó huir. Dio media vuelta, tras arrojar, furioso, su botella de ginebra contra el ser que emergiera de la selva en sombras. Inofensivo, el recipiente de vidrio se estrelló contra el tronco de un árbol, derramando su contenido. Su dueño echó a correr. Pero su miedo era demasiado grande y había numerosas raíces emergiendo del suelo fangoso. Tropezó en una de ellas.

Gritó con terror, al caer de bruces. Angustiado, hundió las manos en el fango, intentando reunir fuerzas y escapar. Se empezó a incorporar, giró la cabeza hacia atrás… y vio venir aquello hacia él…

Emitió un largo chillido de pánico y angustia cuando la sombra de la criatura de la noche se irguió ante él, cubriéndole la visión de las estrellas en el negro cielo tropical. Unas estrellas que el infortunado Paulo Carlos ya nunca más vería en este mundo…

Su alarido de horror infinito se estranguló en un estertor primero, en un horrible silencio después, cuando la forma de la noche cayó sobre él, le envolvió en un contacto mortífero, y un cuerpo frío y viscoso reptó sobre el yacente borrachín, en medio del sonido de una succión profunda y atroz, unida a un deslizamiento sinuoso, sutil, que mantenía electrizado al bosque entero, silenciado por el temor a la criatura llegada de lo desconocido.

Momentos más tarde, la forma cautelosa se despegaba del lugar donde cayera Paulo Carlos. Era sólo un cuerpo inerte, bañado en sangre, el que quedaba allí, con sus huesos reventados, con el cuello quebrado, el rostro amoratado, la boca goteando sangre por la fractura de sus costillas y tráquea, por los desgarros brutales de unos pulmones que parecían haber sido expuestos al anillo mortal de un gigantesco reptil, de especie desconocida.

Un reptil que ahora, extrañamente, se erguía sobre sí mismo, para dar la impresión de que caminaba como un ser humano, para sepultarse de nuevo en las insondables negruras de la selva amazónica.

Sólo unos minutos más tarde, cuando el silencio de la muerte se había enseñoreado del claro donde yacía el cadáver de Paulo Carlos, volvieron a la jungla los mil y un ruidos que señalaban su pulso y su vitalidad. Criaturas de todas las especies, félidos y aves, monos y reptiles, anfibios y carnívoros, deambulaban de nuevo de un lado a otro, tras la muerte reptante que había caído de forma misteriosa y extraña sobre un hombre habituado a andar de noche por aquellos lugares…

—¡Eh, Ze! ¿No oíste un grito hace poco?

En el interior de la cantina, ya cerrada no se escuchó primero a nadie. El hombre insistió golpeando la puerta de madera, tras la que aún había luz en el establecimiento del poblado.

—¡Ze! —llamó—. ¡Ze, alguien ha gritado de forma horrible, cerca del río!

Dentro, se escucharon al fin, pesadamente, los pasos de un hombre lento y parsimonioso, que refunfuñó al otro lado de la cerrada puerta:

—¿Qué mosca te ha picado, Santinho? Estaba trabajando en la trastienda, maldita sea. ¿Es que no ves que está cerrado? Ya no sirvo a nadie más.

—No quería beber, Ze —protesto el otro—. Oí un grito horrible. Venía de la selva, de las cercanías del río… Era un grito de agonía…

—Al diablo con eso —gruño la voz de Ze Moreira, el cantinero —. No me importa lo que griten los borrachos. Yo no tengo la culpa de que mi licor se les suba a la cabeza. Que beban menos. Vete a dormir, Santinho, y déjame en paz de una vez.

La luz se apagó dentro de la tienda, y eso desanimo definitivamente al llamado Santinho que pese a todo, sacudió la cabeza de un lado a otro, y se alejó por las ya silenciosas y oscuras calles del pequeño poblado ribereño, refunfuñando para sí:

—Pues juraría que el que grito no estaba borracho. Tal vez alguna alimaña ataco a alguien. Estoy seguro…

Pero si realmente había sucedido algo, la selva y la noche guardaban su secreto. Un secreto que no revelarían hasta llegar el día…

Capítulo II

ANALÍA SILVEIRA aproximó la barca al embarcadero, ya en sombras.

Se había demorado en regresar al poblado con su carga habitual de soja, caña de azúcar y cocos para la tienda-cantina de Ze Moreira. Tenía que haber llegado al embarcadero de Porto Cruz a primera hora de la tarde, y no cuando ya iba a oscurecer. Aquellos tres días lejos del poblado, metida en la zona de cultivos para obtener la mercancía que le servía para ganarse su vida, en dura tarea y sin apenas conocer el descanso, la habían fatigado considerablemente, pese a su juventud y fortaleza física.

Analía Silveira era una muchacha no sólo fornida, sino de recio espíritu combativo. Sólo así se podía sobrevivir en un lugar como aquél, estando sin familia y con sólo veintidós años, sin que su morena y generosa carne de mulata fuese a parar a las manos de los que la codiciaban y estaban dispuestos a pagarla. Uno de ellos era precisamente Ze Moreira, su mejor cliente. El cantinero, grande y pesado, la miraba con ojos lúbricos, y le estaba sugiriendo siempre, que podía dejar aquel trabajo que antes hiciera su difunto padre, para vivir más regaladamente, sin necesidad de luchar de sol a sol en los cultivos, con sólo darle una respuesta.

Respuesta que Analía no quería darle a nadie, y menos aún a Ze Moreira, tipo egoísta, tacaño, libidinoso y dado a la bebida, cuya sola mirada le repugnaba de modo instintivo.

Una buena amiga, Luz Falcoa, la dueña del único hotel de Porto Cruz —si es que «hotel» se podía llamar a aquella casa de dos plantas, con tres o cuatro habitaciones, una simple ducha angosta y un comedor modesto—, se lo decía muchas veces, con tono enérgico:

—No hagas caso a ningún cerdo de este pueblo, Analía. Tú tienes juventud y belleza. Eres laboriosa y fuerte, tienes voluntad y

fe. Sigue así, lucha por obtener algo que te permita dejar para siempre un pozo maldito y fétido como es éste, para irte lejos, a un sitio como Belem o, ¿por qué no?, como Sao Paulo o Río, lejos de esta ciénaga maldita donde una vegeta lentamente hasta morir. Ya ves mi propio destino. Tengo sólo dos años más que tú, decían que era la más hermosa muchacha de la región, ¿y qué soy ahora? Una hostelera aburrida, sin ilusiones, casada con un maldito cerdo que sólo bebe, se droga con jugos de frutos alucinógenos, o se acuesta con negras gordas y sudorosas, allí donde más suciedad e inmundicia hay. Ése es mi esposo, y ésa soy yo. Es mi vida, Analía. No cometas el irremediable error de caer en lo mismo. Ahorra, lucha deprisa, y vete pronto a cualquier lugar civilizado, lejos de la selva y de su gente. Esto no es para una mujer que desee vivir decentemente.

Y eso se lo decía Luz Falcoa que, ciertamente, era aún la más hermosa mujer del pueblo, y cuya piel blanca, pálida, tanto contrastaba con la oscura de las mestizas y negras, a pesar de que sus cabellos y ojos sí fuesen oscuros. Luz, que era una mujer buena, inteligente y noble.

—¿Por qué no se fue usted antes de que fuera tarde, señora? —Había sido en diversas ocasiones la pregunta de Analía a la hostelera de Porto Cruz.

—Porque Joao, mi marido, era diferente al casarse. No se había drogado ni se había metido en las chozas de las negras públicas. No bebía apenas. Fueron esas malditas fiebres de los pantanos las que le cambiaron radicalmente. La quinina y la morfina cambiaron su modo de ser, alteraron su conducta y su cerebro. Se convirtió en lo que es hoy. No supo luchar contra ello, ni yo pude impedirlo y ahora… ahora ya ves las consecuencias. Son para el resto de mis días. Sin remedio.

—¿Por qué no intenta huir de él? —había sugerido Analía a veces.

—Huir… —suspiraba Luz Falcoa amargamente, la mirada perdida en la distancia a la que no podía llegar, porque los muros de la jungla lo evitaban—. De aquí no se huye, querida amiga… De aquí, nadie huye, aunque quiera… Esto es un cepo, un pozo sin fondo. Tú sí puedes huir todavía, pero yo…, yo, no.

Pensaba en todo eso, mientras amarraba la barca a las tablas del

pequeño muelle desierto. Allá, frente al embarcadero, se alzaban los árboles frondosos y la espesura selvática. Sólo dos minutos de recorrido, y aparecería el villorrio, el pueblo de Puerto Cruz, con sus pequeñas y viejas chozas.

Sus recias piernas de mujer trabajadora, la musculatura firme de sus fuertes muslos y de sus espigadas pantorrillas sobre los pies descalzos, habituados a moverse igual sobre el fango, que en el agua fétida de los pantanos o encima de abrojos y raíces, se movieron con energía, caminando hacia el poblado. Ya vendrían más tarde los hombres de Ze Moreira para recoger los sacos de soja, cocos y caña de azúcar, que él vendería luego a diez veces más precio que el que ella percibiría por su cargamento, ganado durante agotadoras jornadas de incesante lucha contra la Naturaleza arisca de las márgenes amazónicas.

El río Juruá, ancho y caudaloso, con su azul grisáceo, que la noche iba volviendo ya añil y negro, quedó a sus espaldas. Matorrales, cañaverales y grandes hacinamientos de anchas hojas verdes, como de artificio, se abrieron al impetuoso paso de la bella mulata.

Y en menos de un minuto, con la rapidez vertiginosa con que la luz sucede a la sombra, y viceversa, en las junglas tropicales la noche se echó encima de ella como un manto de tinieblas profundas. Los gritos de aves se mezclaron con el reptar de anfibios y reptiles o los chillidos alocados de los tityes, allá entre las altas frondas que formaban un verde dosel lujurioso sobre el terreno.

La noche despertaba a la nueva vida de la jungla sudamericana. Algo familiar para Analía Silveira. Algo que ni le preocupaba ni le sorprendía. Y, mucho menos, podía inquietarla o asustarla.

Sin embargo, de repente, esa floreciente vida, hecha de mil ruidos diversos y familiares, se quebró en un repentino silencio. Las luces amarillentas de las chozas de Puerto Cruz, eran ya visibles allá delante, entre el tupido entretejido de la vegetación. Sólo un par de minutos más de marcha, y estaría allí, tomándose algo tonificante, antes de cobrar de Ze Moreira el escaso premio a su trabajo de tres días, que iría a incrementar sus pequeños ahorros. Su única oportunidad de evadirse de allí, como le aconsejaba incansablemente la buena de Luz Falcoa.

Y después, a cenar algo. Pero, sobre todo, a dormir. A descansar

hasta el otro día, a pierna suelta, recuperando las perdidas horas de sueño.

Se detuvo la mulata, sorprendida y recelosa. No era normal aquel silencio súbito. No, no lo era. Tal vez presagiaba la presencia del jaguar, el gran enemigo de todos los demás pequeños depredadores de la selva amazónica.

Porque ¿qué podía haber peor que el jaguar en tierra firme, y el cocodrilo en el agua? Cierto que había las numerosas culebras, las serpientes de coral, las boas gigantescas y amenazadoras… Pero eran más asustadizos los reptiles de lo que la gente imaginaba, en su fantasía. No acostumbraban a atacar sin motivo. Y no producían ese silencio súbito y mortal entre las demás criaturas de la jungla.

Sus ojos cautos, relampaguearon, fijos en un punto de la fronda. Analía tenía instinto y valor. No era una mojigata, ni mucho menos. Recordó otro ser que podía acallar a los animales, cuando éstos intuían, con su prodigioso instinto, algo anormal.

Ese ser era… el hombre.

El hombre, cuando lleva malas intenciones. Cuando piensa en matar…

Y la sombra furtiva, rápida y sigilosa que ella había captado en la espesura, no podía ser sino eso: un hombre. Alguien que la acechaba. Un hombre tal vez peligroso, amenazador.

Era demasiado grande para ser otra cosa, reptil o félido, mono o ave. Tenía que ser un hombre.

Pero no obraba como un hombre.

Y eso la inquieto. Llevo la mano con rapidez a su cintura. No iba nunca desarmada. En primer lugar, porque necesitaba un filo para cortar caña y plantas. En segundo lugar, porque podía necesitarlo también para defender su vida.

Desenfundó el ancho cuchillo, de afiladísimo acero. Lo enarboló, encogida, cauta, la mirada fija en el punto donde vislumbrara la sombra. Se interponía, cualquiera que fuese la criatura, entre ella y el poblado. No podía seguir adelante. Rápida, avanzó. Cortó a tajos un montón de tallos y cañas, que cayeron como cabellos segados por una tijera. Ciertamente, la hoja era muy afilada.

—Vamos, ven si te atreves —jadeo la mulata agresivamente, sus ojos fulgurantes, sus poderosos pechos de color bronce agitados por la respiración—. ¡Ven, quienquiera que seas!

Y hendió otra serie de plantas, con su arma formidable.

En respuesta, llegó el sonido susurrante. Como un jadeo. O como el deslizar de un cuerpo viscoso en la tierra húmeda y la hojarasca.

Se estremeció. Esos sonidos…

No correspondían a nada conocido. No sabía lo que podía ser, pero no eran humanos. Ni animales tampoco.

Dio un paso atrás, más cautelosa que nunca, esperando que el enemigo oculto se revelase. Luego, decidida, avanzó. Su machete se descargó sobre la pared de cañaverales, hendiéndose a uno y otro lado como en una siega vertiginosa.

Una siega que dejó ante su vista, ya sin nada que pudiera ocultarle, al ser escondido en la maleza.

Desorbitó ella sus ojos, incrédula. Exhaló un grito ronco, donde se mezclaban la sorpresa y el horror, el miedo y la incredulidad.

—No, no… —susurró—. ¿Qué… qué es… qué significa…?

Aquello que tenía ante sí, saltó sobre ella. Fue como tomar impulso, tras reptar entre la majeza. Un cuerpo enorme, viscoso, se pegó a ella como una lapa. La mulata chilló otra vez, ahora agudamente, tratando de cortar con su acero. Pero éste voló de su mano cuando el adversario la golpeó, abatiéndola contra la tierra blanda. Luego, una masa informe y oscura se pegó a ella, la aplastó virtualmente, se entornó en torno a su cuerpo de mujer seductora y joven.

El alarido de agonía se sofocó, se apagó en espasmos roncos. Se inmovilizó lentamente el cuerpo femenino. La sangre saltó, tumultuosa, salpicando toda la vegetación en torno, violentamente.

Un sonido horrible, apagado, como una succión, se mezcló con un deslizamiento siniestro, el reptar de una criatura inexplicable e inconcreta, que pronto se hundió definitivamente en la oscuridad selvática, sin dejar el menor rastro de su presencia.

Salvo, naturalmente, el rastro que suponía aquel cuerpo de mujer, triturado y sangrante, como sí una boa gigantesca e increíble la hubiese estrujado mortalmente entre sus anillos, hasta destrozar todo signo de vida en su interior.

Los ojos desorbitados de la hermosa joven, su boca convulsa, por la que brotaban espumajos sanguinolentos en abundancia, se clavaban, sin ver ya nada, en el cielo que acababa de oscurecer sobre ella, esta vez para siempre.

En el poblado, lentamente, empezaba a notarse movimiento; actividad, Había voces que intercambiaban comentarios, gente que miraba, asustada, hacia la verde e insondable jungla.

—¿Has oído? —decía uno—. Era un grito de mujer…

—Parecía de agonía —corroboró otro, agitadamente, persignándose—. Y venía de allí, junto al embarcadero…

—¿Será otra vez lo mismo?

—¿Te refieres a lo de Paulo Carlos? Dios no lo quiera…

—Ave María Purísima… —musitaba una vieja mulata, haciendo correr entre sus dedos rugosos las cuentas de un rosario—. Dios nos proteja del demonio…

—Vamos, hay que mirar —habló otro, más decidido—. Traed luces…, y buscad armas. Si algo ha sucedido, tenemos que saber lo que fue…

Pronto un grupo, armado de viejos fusiles, machetes e incluso revólveres, se movió hacia la selva, portando lámparas de aceite, linternas, hasta simples teas resinosas, ardiendo intensamente.

Avanzaron, decididos, por la espesura, en número de una veintena, como mínimo. Tampoco se hubiesen atrevido a aventurarse, en menor cantidad.

Se detuvieron cuando alguien gritó, alzando su antorcha en alto:

—¡Ahí! ¡Ahí está! ¡Dios sea loado, es Analía Silveira, la pobre Analía!

Se aproximaron los demás, en religioso y estremecido silencio, rodeando el cadáver ensangrentado. Hubo un murmullo de inquietud, se pronunciaron entre dientes oraciones de superstición.

—Otra vez… —jadeó uno de ellos roncamente—. Otra vez como en el caso del pobre Paulo Carlos… El demonio de la selva atacó a Analía…, y la mató.

—No puede ser un demonio —musitó otro—. ¡Mirad ahí, en el suelo húmedo! Se ven huellas… Huellas de un reptil en movimiento… Posiblemente un reptil anfibio…

—Pero que yo sepa, amigos…, nunca hubo por aquí un reptil tan grande…, ni tan extraño —jadeó el que dirigía el grupo, tras escudriñar las huellas, con gesto de perplejidad—. Es… es como si la hubiese atacado un… un hombre-reptil…

Y todos se miraron entre sí, sobrecogidos por lo que aquel hombre acababa de sugerir.

—Hubiera preferido seguir sobrevolando las selvas en la avioneta, señor Harris, suspiró Wanda Leyton, con cierta melancolía.

—Lo imagino —sonrió Frank Harris, volviéndose a ella y dejando de otear el río desde la quilla de la lenta embarcación a vapor que avanzaba penosamente río arriba—. Pero eso tenía un serio inconveniente, como ya le dije: que no hubiéramos encontrado claro alguno para descender. Y supongo que no es eso lo que usted y su esposo desean, señora Leyton.

—Por supuesto que no —respondió. Howard Leyton, en nombre de su mujer y en el suyo propio—. Estamos aquí para obtener caza viva en el interior de Brasil, y llevarla luego a la civilización. El Gobierno es muy amable al permitirnos sacar del país el número de especies razonable que hemos solicitado. No podemos dedicarnos a hacer turismo, querida, a menos que vengamos, simplemente a eso, y no a cazar las piezas que precisamos para nuestro contrato con la Fundación Zoológica Flanagan, de los Estados Unidos.

—Lo sé, querido —bostezó disimuladamente Wanda—. Pero empiezo a encontrar esta aventura mucho más aburrida y menos apasionante de lo que imaginaba. ¿Usted qué cree, señor Harris?

Frank Harris, cazador profesional, sonrió, meneando la cabeza de modo ambiguo.

—Mi oficio es éste —comento—. No debo opinar si me aburro o me divierto. Hago simplemente lo que me piden que haga los que me pagan. En este caso, su esposo.

—Ser cazador profesional, de todos modos, debe de ser un trabajo fascinante.

—No siempre, señora Leyton. Cuando se llevan ya diez años en este trabajo, uno llega a cansarse de él a veces, incluso gustándome tanto como me gusta.

—¿Diez años? —Se asombró Wanda Leyton—. ¡Pero si usted es muy joven para llevar tantos años en esta tarea!

—Empecé casi de niño. Mi padre ya era cazador. Mucho mejor que yo aunque él cazaba fieras muertas, para millonarios caprichosos. Ahora los tiempos han cambiado, y el equilibrio ecológico nos exige otra actividad muy distinta. Más arriesgada, pero también más digna. Nunca me gustó la idea de cazar animales para que sus cabezas o cuerpos disecados adornasen la biblioteca de

un lord inglés o de un millonario americano. Esto es más noble: cazar fieras vivas, y llevarlas a zoológicos donde están en libertad, y bien cuidadas, o bien para poblar otros parques naturales.

—¿Cree que obtendremos todas las piezas que le han pedido a Howard? —se interesó ella.

—Espero que sí, señora —sonrió Frank—. Para eso me pagan, y a eso hemos venido a estos parajes. Es donde más abundan los animales que solicitan. Cierto que no es una región excesivamente divertida, pero tiene la ventaja de ser un ambiente natural, poco adulterado por el hombre y la civilización. A partir del lugar donde abandonaremos la navegación por el río Amazonas, para hacerlo por su afluente, el Juruá, hacia el sudoeste, las cosas serán aún menos parecidas a lo que conocemos por civilización. Escasearán los lugares habitados, y las poblaciones más amplias no rebasarán el centenar de habitantes. Muchos se alumbran con petróleo, carburo o aceite, y son escasos los puntos donde haya una bombona de gas para dar fuego o luz de otra calidad.

—Dios mío… —Se estremeció Howard Leyton. Se volvió al camarote del barco, cerrado en esos momentos—. Yo puedo soportado mejor, pero ¿qué dirá mi hermana Stella? Ella adora la civilización y sus comodidades.

—Entonces ¿por qué les acompañó en este viaje? —La pregunta de Harris era algo abrupta.

—Por «snobismo» —rió su cuñado, de buena gana—. Stella es así. Se sentirá feliz cuando regrese a los Estados Unidos, con sus películas y diapositivas, filmadas en el Amazonas, o cuando pueda narrar sus peripecias a las amigas, en una reunión dominical. Pero no soporta las incomodidades.

—Pues tendrá que prepararla para ellas —rió a su vez el cazador, inclinando su rubia cabeza y clavando los verdes ojos oscuros en las aguas del gran río brasileño—. Cuando se vea rodeada de pequeños reptiles, que pueden entrar en su vivienda y asustarla, aunque no le causen daño, cuando tenga que combatir con las moscas, con las voraces hormigas de estas regiones o con las arañas peludas de la selva, no va a pasarlo muy bien. Y cuando desee peinarse o acicalarse, sin más luz que la de un quinqué, y además se encuentre con que su radio transistorizada no capta emisora alguna por interferencias de la propia jungla, me temo que

no va a disfrutar demasiado de su aventura amazónica.

—Eso estará bien —rió ahora su hermana con buen humor, alisándose los cabellos rojos con mano suave—. Stella es una niña mimada. Siempre lo fue. Creo que así va a llevarse un buen escarmiento para cuando regrese a la civilización que tanto idolatra.

—Tal vez al final termine gustándole esto —apuntó Harris.

—¿A Stella? —Wanda Leyton puso un gesto divertido—. Lo dudo mucho. Eso sería como un pequeño o un gran milagro, mejor dicho.

Siguieron en silencio, mientras contemplaban el paisaje, de un verdor exultante, que se derramaba de las propias orillas, para desplomarse sobre las aguas azules y limpias del Amazonas.

—¿Estamos muy lejos del afluente? —indagó Leyton, pensativo.

—¿Del Juruá? —Harris negó con la cabeza—. No. Esta noche doblaremos la desembocadura del mismo, en el Amazonas y mañana alcanzaremos Puerto Cruz.

—¿Puerto Cruz? ¿Qué es eso? ¿La última población civilizada del viaje?

—No —sonrió Harris—. La primera ciudad no civilizada que encontraremos. Más que eso: un simple poblado en la selva, con muchas millas de jungla alrededor, y ninguna otra población en jornadas enteras de viaje.

—¡Cielos! —Se asustó Wanda—. ¿Ya empieza lo malo de este viaje?

—Me temo que sí. Pero también empieza lo bueno: la caza que hemos venido a buscar. Durante una o dos semanas, al menos, haremos de Puerto Cruz nuestro cuartel general. Al menos, allí tienen un pequeño hotel, una cantina y cosas así. Es todo lo que podemos ambicionar, a partir de ahora.

—Que no es mucho —rió Leyton, de buen humor, con un destello irónico en sus ojos grises, tan grises como su rizoso cabello de hombre maduro.

—No, no es mucho —admitió Frank Harris, con una sonrisa—. Pero como usted sabe, hemos de empezar a habituarnos ya a tales cosas. A menos que prefiera regresar y olvidarse de su contrato…

—Eso, nunca. —Leyton encajó sus mandíbulas enérgicamente—. Nunca, Harris. Haremos lo que sea. Pero obtendremos esos ejemplares. Hasta ahora nunca fallé en un contrato de ésos. Si bien

debo reconocer que quizá en esta ocasión las dificultades sean mayores. Pero valdrá la pena afrontar esa clase de problemas.

—Sí, supongo que sí —se apartó de la proa de la embarcación, y caminó hacia la popa, donde el guía nativo, Nelson Jair, se ocupaba en examinar los mapas del interior y trazar los apuntes de trayectorias, acampamientos y todos los detalles necesarios para las futuras semanas de trabajo. Se inclinó Harris hacia él, y asintió, señalando un cerco rojo en el mapa—. Sí, permaneceremos una o dos semanas ahí en Puerto Cruz.

—Lo imaginaba —asintió Nelson Jair, sonriente su oscuro rostro bajo la rizada cabellera—. Es el mejor lugar entre todos los que hallaremos en muchas millas a la redonda, patrón. Además, no tenemos problemas de tribus hostiles en las cercanías tampoco. Los nativos de la región son amistosos y cordiales.

—Lo sé. Tenlo todo preparado, Nelson. Si todo va bien, mañana llegaremos a Puerto Cruz. ¿Conoces a alguien en el lugar?

—Sí. A Ze Moreira, el cantinero y almacenista. Es un cerdo, pero tiene bastante bien surtida su tienda. Y también conozco a Luz Falcoa, la hostelera. Una muchacha magnífica, patrón. Seguramente tendrá alojamiento para todos nosotros. Su hotel no está demasiado concurrido habitualmente…

El barco a vapor emitió un pitido prolongado de su chimenea, y siguió, infatigable, Amazonas arriba, hacia su confluencia con el río Juruá, su inmediato destino.

El cazador y sus clientes iban convencidos de que no encontrarían demasiadas facilidades para su cacería de animales vivos. Pero sabían la naturaleza de esas dificultades, y conocían el modo de afrontarlas.

Lo que ninguno de ellos podía ni remotamente imaginar, era la clase de horror imprevisible con el que iban a enfrentarse, en aquel remoto paraje del interior de la selva amazónica, no tardando mucho.

Algo para lo que ninguno de ellos estaba preparado en absoluto.

Capítulo III

LA embarcación de vapor emitió tres sonidos estridentes, antes de aproximarse al largo embarcadero de tablas, muy lentamente, maniobrar allí y terminar echando el ancla frente a las casuchas y cobertizos que servían de almacén de descarga de mercancías en el rudimentario muelle de Puerto Cruz.

Nadie apareció a la vista. Nadie vino al sonido del silbato. La embarcación a vapor fluvial se mecía ya ligeramente sobre las aguas, completamente inmóvil. Desde cubierta, rifle en mano, Frank Harris hizo un gesto a los cuatro viajeros que le acompañaban, cargados con bultos y equipajes.

—Esperen —dijo—. No me gusta esto.

—¿Qué es lo que no le gusta? —Se inquietó Howard Leyton, pestañeando.

—El silencio. La soledad… No sé. Hay algo raro en ello.

—¿Raro? Yo he visto durante horas las orillas del río vacías de otra cosa que no fueran caimanes —comentó con cierta sequedad Stella Caine, hermana de la señora Leyton, cuyo mal humor era evidente desde que supiera la ausencia de comodidades de que iba a disfrutar en lo sucesivo allí dentro, en pleno corazón de las grandes selvas brasileñas.

—Esto es diferente —dijo Harris, oteando el desierto embarcadero—. Habitualmente, cuando llega un barco de cierta importancia, como el nuestro, acuden muchos curiosos a darle la bienvenida. Además, miren eso…

Señalaba un cobertizo sobre el que se había montado una cruz de ramajes, toscamente atada, con un trozo de paño negro, que colgaba lacio en su juntura.

—¿Qué es ello? —se interesó Leyton.

—Como ve, una cruz rudimentaria, y un trozo de tela negra. Eso significa luto. Y tratan de ahuyentar los malos espíritus con la cruz.

Además…, vean eso otro en la zona arenosa.

Miraron hacia allá. En el rostro de color de Nelson Jair, su guía nativo, hubo un ramalazo de temor supersticioso. Los grandes ojos redondos se clavaron en lo que el cazador señalaba.

Se veían cabos de vela emergiendo de la arena, a medio consumir. También cenizas y plumas de aves quemadas, sobre un charco oscuro, que quizá fuese sangre seca de algún animal. Piedrecillas blancas del lecho del río, se habían distribuido en formas caprichosas, quizá cabalísticas.

—¿Que significa todo eso? —se interesó Wanda Leyton, intrigada.

—Macumba.

—¿Qué?

—Macumba. Ritos nativos. Magia blanca, para ahuyentar a los malos espíritus. Algo sucede en Puerto Cruz.

—¿Qué puede ser? —Era de nuevo Wanda Leyton, inquieta, quien preguntaba.

—No lo sé. —Harris se encogió de hombros, escudriñando atentamente la frondosa maleza—. Quizá una epidemia. Tal vez simple superstición, miedo a algo que no entienden. De todos modos, tiene que ser algo. Vamos a averiguarlo.

—¿No será demasiado arriesgado? —aventuró Howard Leyton, dubitativo—. Quizá estaríamos más seguros a bordo…

—Quizá. Pero hemos de saber lo que ocurre, señor Leyton. No ganamos nada encerrándonos en un caparazón. Esta gente es pacífica, no hay nativos en torno. No va a hacemos daño nadie, al menos de una manera consciente. ¿Tú qué opinas de todo esto, Nelson?

Había dirigido la pregunta al guía nativo. El brasileño sacudió la cabeza, preocupado. Estaba también oteando cuidadosamente todos los arbustos que formaban muralla, más allá del embarcadero solitario.

—No lo entiendo muy bien. Pero, evidentemente, temen a algo. Y además, han puesto la señal del luto. Hay algún muerto en Puerto Cruz, seguro.

—Muertos —se estremeció Wanda Leyton—. Mal recibimiento es éste.

—No es un buen augurio, ciertamente —admitió el cazador—.

Pero tenemos que aceptar las cosas como son. Vamos, adelante ya.

Frank saltó al embarcadero resueltamente, sin soltar su rifle. Tras una vacilación breve, Nelson Jair le siguió. Los Leyton tardaron unos instantes más, pero al final resolvieron que era preciso seguir adelante, y no parapetarse en el barco contra un peligro cuya naturaleza desconocían por completo.

Atravesaron la zona selvática cuidadosamente. El suelo marcaba un sendero de matorrales aplastados, cañaverales torcidos y abundante hojarasca pisoteada. Era el camino dibujado por los propios habitantes del pueblo.

Harris iba en primer lugar, vigilando ante sí y a ambos lados de la espesura, sin que nada amenazador surgiera por parte alguna. Los mil y un ruidos de la selva en pleno día sonaban por doquier, pero nada de ello era alarmante para quien estaba habituado a vivir en un mundo indómito y salvaje como aquél, con toda su bárbara belleza.

Del poblado les llegó un sonido que se mezclaba con el rumor constante de la selva viviente. Harris hizo un alto. Alzó la mano, señalando atención. Todos pudieron escuchar una especie de largo, plañidero murmullo, que resultaba inquietante.

—Rezos —dijo Harris, entre dientes—. Están orando por algo por alguien. Sigamos. La gente está en el pueblo, eso es evidente.

Avanzaron de modo más resuelto. Avistaron el hacinamiento de chozas y edificaciones rudimentarias que formaban entre sí desiguales callejuelas, y una plaza central redonda. En medio de ésta, había un ataúd de madera claveteada toscamente, sin pintura negra ni nada.

Alrededor del ataúd, un grupo numeroso de mujeres de piel arrugada entonaban un rezo o letanía, desgranando las cuentas de sus rosarios o haciendo invocaciones a la usanza de otros ritos menos cristianos. Había allí gentes de raza india y otros de piel blanca, entremezclados. Los niños correteaban en torno, indiferentes al duelo general.

—Lo que me imaginaba —dijo Harris, en voz baja—. Un muerto. Pero los funerales no acostumbran a ser tan masivos aquí…

Avanzó despacio. Muchos ojos se fijaron en él, curiosos. Después, en los que le acompañaban. La desconfianza natural en los nativos asomó a muchos de los gestos y expresiones de los presentes

en el pintoresco funeral. Un hombretón se incorporó a medias, y alzó un brazo, rogando silencio.

—Esperen, por favor —pidió Harris—. La ceremonia ya termina…

Harris asintió, dejando el rifle apoyado en un árbol, y quitándose su sombrero de anchas alas. Leyton hizo lo mismo. Nelson Jair se puso de rodillas a orar, y las dos mujeres miraron entre sí, indecisas, sin saber qué hacer.

Cosa de cinco minutos más tarde, la ceremonia había terminado. Las mujeres se incorporaron, persignándose. Algunas depositaron plantas o velas en torno al féretro. Otras, se alejaron en silencio. El voluminoso hombre de color que había estado entre la gente, se volvió a los viajeros.

—Bienvenidos a Puerto Cruz, señores —saludó. Miró a Frank con cierta cordialidad—. Creo que nos hemos alguna otra vez, ¿no es cierto, señor?

—Sí, tío César —sonrió Frank, tendiéndole su mano—. Soy Frank Harris, cazador de animales vivos para zoológicos y reservas naturales. Traigo a unos clientes que buscan determinadas piezas para un zoológico abierto, en los Estados Unidos. Ya imaginé que sucedía algo. ¿Quién es el difunto?

—Una mujer joven y hermosa. Analía Silveira, una buena muchacha —suspiró tristemente el negro de rizoso pelo gris, llamado tío César.

—¿De qué murió? ¿Alguna enfermedad tropical?

—Nadie sabe de qué murió, señor. El diablo de la selva se la llevó.

—¿El diablo de la selva? —Harris frunció el ceño—. Que yo sepa, no hay diablos por aquí. Sólo nativos y animal más o menos feroces. ¿Alguien la atacó?

—Alguien la atacó, sí. Y no era de este mundo. No podía serlo.

Harris enarcó las cejas, ante las extrañas palabras del negro. Cambió una mirada con los Leyton, que parecían sobrecogidos. Nelson Jair se mantuvo callado, pero sus redondos ojos tenían algo de cómico temor.

—Temo no entenderle bien, tío César —suspiró.

—Nadie lo entiende, aquí —el negro sacudió la cabeza tristemente—. Pero ella está muerta. Como lo estaba Paul Carlos, la

otra noche.

—¿Quiere decir que hubo… otra víctima más?

—Eso es, otra más. Primero, Paulo Carlos. Luego… Analía.

—Tío César, hablemos con sentido. En la selva no hay diablos. ¿Qué clase de animal o persona atacó a los dos? ¿Cómo se produjo la muerte?

—Se produjo de un modo horrible, pero nadie sabe qué es lo que atacó a ambos, si un animal, un hombre…, o una mezcla de ambas cosas. Lo cierto es que estaban triturados, reventados por dentro, como si un gigantesco reptil se hubiera enroscado en torno a ellos. Pero ningún reptil puede ser tan grande. Ni hubiese clavado sus colmillos en el cuello roto de sus víctimas, desangrándolas de modo tan profundo y completo…

Y sin añadir más, volvió a menear la cabeza, alejándose de ellos, con lento, parsimonioso paso, a través del poblado. Frank Harris miró largamente al negro nativo. Se volvió a Jair, que tragó saliva.

—¿Conoces a algún animal capaz de hacer algo así, Nelson? —indagó el cazador.

—No, señor —negó el brasileño vivamente—. Sólo conozco la serpiente llamada «cabeza de lanza», muy venenosa, mide dos metros de longitud, pero que no succiona la sangre, sino que inocula el veneno. Y no acostumbra a triturar a sus víctimas. Y el surucucú, que llega a medir hasta cuatro metros o más. Pero no es feroz con las personas, y más bien las elude siempre que puede…, a menos que lo ataquen.

—Es lo mismo que yo estaba pensando —asintió Harris, meditativo. Miró en torno. Algunos hombres se encaminaban a recoger el féretro, sin duda para trasladarlo al lugar donde lo enterrarían. Luego señaló un edificio, el único de dos plantas—. Vamos hacia allá. Aquél es el hotel. Después de todo, no podemos hacer nada aquí. Este funeral no es asunto nuestro.

Cruzó la plazoleta, y los Leyton se apresuraron a seguirle. Jair cerró la marcha, tras mirar largamente el ceremonial con que los seis hombres tomaban a hombros el ataúd de madera fresca, y lo conducían a través del poblado, hacia lo más intrincado de la jungla.

Momentos más tarde, estaban ante Luz Falcoa, la bella dueña del único hotel de Porto Cruz.

—¿Habitaciones para todos? —asintió—. Sí, tengo suficientes, siempre que dos de ustedes, ocupen una, juntos.

—Mi esposa y yo lo haremos —decidió Howard Leyton, decidido.

—No, por favor —suplicó su cuñada, con rapidez—. No me gustaría dormir sola…

Su cuñado la contempló, ceñudo. Al fin, resolvió, de mala gana:

—Está bien. Las dos mujeres dormirán juntas. ¿Está mejor así, Stella?

—Sí, gracias, Howard —suspiró, aliviada, la hermana de su mujer. Miró a ésta—. ¿No te importa, querida?

—No, claro que no —sonrió Wanda—. Lo cierto es que yo tampoco me sentiría muy tranquila sabiendo que ocupas una habitación tú sola. Aunque supongo que aquí no te acecha ningún peligro…

Dijo esto mirando a Luz Falcoa. La hostelera sonrió con un destello malicioso en sus ojos, muy negros y profundos, tan en contraste con el blanco alabastrino de su piel.

—Hasta ahora, podía responderle negativamente con toda seguridad, señora —dijo, con un suspiro—. Pero en este momento, las cosas son diferentes…

—Ya lo hemos advertido —asintió Frank, mirando al exterior. Luego contempló con interés a la hermosa hostelera—. ¿Qué ocurre realmente aquí? Tío César parece pensar en diablos y cosas así…

—Creo recordar que usted ha venido ya otras veces por aquí, cazador —sonrió la hostelera, aunque su mirada se mantenía seria y grave—. Ya sabe cómo es tío César. Tiene temores ancestrales, supersticiones y todo eso. Pero lo cierto es que, aunque yo no piense en absoluto como él…, no sé lo que está ocurriendo. ¿Es verdad que trituraron y desangraron a dos personas?

—Es verdad. Dos noches seguidas, dos asesinatos o como quiera llamarlos. Un hombre y una mujer. Ambos atacados la jungla, no lejos del pueblo ni del río. No tiene sentido.

—Yo nunca supe de un animal tan grande y poderoso como para destrozar el esqueleto humano…, y además, succionar la sangre con los colmillos hincados en el cuello de su víctima.

—Un vampiro succiona la sangre de su víctima —señaló Harris, pensativo.

—Claro. Pero un vampiro es un murciélago vulgar, a fin de cuentas, y sólo ataca a animales, sin succionar más que una pequeña parte de su sangre. También hay reptiles aquí, pero ninguno de ellos atacaría a un ser humano, a menos que lo hostigasen. Y Analía Silveira conocía demasiado bien la fauna de estas regiones para cometer un error semejante.

—Entonces ¿qué es lo que usted imagina que ha sucedido? —indagó Harris.

—No lo sé —suspiró ella, encogiéndose de hombros—. No sé nada de nada. Pero, ciertamente, ningún animal conocido por aquí reúne las dos condiciones: grande como para destrozar a una persona, y con sed de sangre hasta vaciar un cuerpo…

Las dos mujeres se abrazaron entre sí, con un escalofrió, al oír las palabras de la dueña del hotel. Harris se inclinó a firmar en el libro de registro, sin añadir ninguna otra pregunta o comentario. Howard Leyton, ceñudo, reflexionaba.

Dentro de la casa se escuchó estrépito de loza rota, y un gruñido largo y ronco. Las hermanas se asustaron, palideciendo. Harris giró su rifle en esa dirección y Nelson Jair pegó un respingo.

—¿Qué es eso? —farfulló Leyton, alarmado.

—Tranquilícese. No es nada. —Luz Falcoa respiró hondo—. Es sólo mi marido…

—¿Su marido? —dudó Harris.

—Sí, cazador —habló ella amargamente—. Desde la última vez que usted estuvo por aquí, han cambiado muchas cosas en mi vida. Me casé con un hombre que ahora es un drogado y un borracho, y se arrastra por los lupanares más vergonzosos del río, con negras de la más baja estofa. Pero es que, además de eso, sufre epilepsia…, y ahora debe de estar en uno de sus ataques habituales, rompiéndolo todo y revolcándose por el suelo como una bestia salvaje.

—¿Epilepsia? —Harris hizo acción de entrar en las dependencias del hotel—. Eso es grave. Debería ayudarle a…

—No, cazador. Déjelo arrastrarse por el suelo. Es una epilepsia especial, producida por la droga. Puede curarse solo, si quiere. El doctor Nunhes le ha dicho muchas veces que, si deja de triturar esas plantas para tomar su jugo narcótico, dejará de sufrir poco a poco la epilepsia. Pero él no cede. Acabará hecho una piltrafa humana.

Se escucharon algunos berridos más, un jadeo ronco, rotura de

más platos y vasos y, finalmente, el silencio. Los recién llegados escuchaban, sobrecogidos. Luz, al final, hizo un gesto expresivo.

—¿Lo ven? —murmuró—. Ya pasó la crisis. Esta noche otra vez a drogarse, el muy cerdo…

Y tomando unas llaves de unos casilleros, salió del pequeño mostrador de recepción, invitándoles a subir la escalera de vieja madera quejumbrosa.

—Vengan conmigo —dijo—. Les mostraré sus habitaciones. La cena será a las siete. Aquí, en la selva, se hace pronto de noche. Y conviene retirarse cuanto antes a descansar. Especialmente ahora, con esa nueva alimaña deambulando por los alrededores del pueblo…

Subieron, en silencio. Las habitaciones no eran nada del otro mundo, pero hubieron de reconocer que, en medio de su austeridad, eran limpias y pulcras. Todas las camas tenían una tupida mosquitera encima, cubriéndolas totalmente. Stella Caine protestó, al examinarla:

—Uf… No creo que me guste en absoluto dormir bajo ese velo. Me hará sentir asfixia, estoy segura…

Luz Falcoa la miró críticamente, y puso un gesto sardónico para comentar:

—Como quiera. Puede quitarse la mosquitera para dormir. Pero no creo que le gustase mucho más despertarse con un pequeño lagarto entre sus pechos o una araña peluda paseándose por su cara, amén de los mil insectos que la picarían despiadadamente…

Stella palideció, contemplando el techo y la mosquitera casi con terror, y su cuñado soltó la carcajada.

—Creo, querida, que debiste quedarte en Belem o en Manaus, como mínimo —dijo, burlón—. La selva no está hecha para ti…

—Deja a mi hermana, Howard —se irritó su mujer, abrazando a Stella contra sí—. Creo que no es ocasión de burlarse de sus temores. Personalmente te diré que tampoco me gusta esto.

—Pues pudiste haberte quedado acompañando a tu hermana —le reprochó su esposo—. Es muy romántico hablar de viajes por la jungla, pero en la realidad tiene poco de cómodo y de agradable, como podrás ver, querida.

—Hemos venido hasta aquí, y aquí seguiremos, ocurra lo que ocurra —manifestó agriamente su mujer—. Si algo ha de ocurrirte,

que me ocurra también a mí, Howard.

—Eres muy generosa y sacrificada —se burló su marido—. Al principio pensé que habías venido por otras razones, no por amor y devoción a tu esposo…

—¿Por qué, entonces? —Los ojos de Wanda Leyton fulguraron, fijos en él.

La mirada de Leyton resbaló, rápida, por su esposa y, casi involuntariamente, se posó un instante en Frank Harris. Aunque sin comentar nada, sacudió la cabeza negativamente y cortó:

—No, por nada. Olvídalo. Señora, ¿hay ducha o aseo en su hotel? —indagó, volviéndose a Luz Falcoa.

—Sí —asintió la hostelera—. Tienen una ducha en cada cuarto. Con estos calores y la humedad selvática, la necesitarán a menudo. Por ello me preocupé de que mis huéspedes tuvieran esa comodidad a mano. Si prefieren baño, ya es distinto. Sólo hay uno, al final del pasillo, para uso común. Es todo lo que admite este negocio.

—Ya es suficiente —aprobó Wanda, sonriendo a la hostelera—. Le felicito, señora. Lo tiene todo muy limpio y cuidado. No parece que estemos en plena selva, la verdad.

—Son muy amables. —Luz miró a ambas mujeres, y les oprimió afectuosamente el brazo, en señal de mutua simpatía—. Si necesitan algo que esté a mi alcance, pídanlo sin vacilar. La cena les gustará. Acostumbro a cocinar al estilo europeo…, a menos que me pidan otra cosa.

—Excelente —aprobó Howard Leyton—. Empiezo a sentir apetito.

—Yo había llegado a pensar que comeríamos rodajas de serpiente y cosas así —se estremeció Stella Caine. Miró con una sonrisa animosa a la hostelera—. Ahora pienso de otro modo, al verla a usted. Incluso me vuelve el apetito…

—Buena cosa —aprobó Luz—. Tendrán pescado de río y huevos con «bacon» para cenar; así como un bizcocho con crema, de postre. Espero que les guste. En mi «menú», nunca ha entrado la serpiente ni las hormigas fritas, aunque dicen que son dos bocados exquisitos…

Se ausentó, riendo. Una vez acomodadas las dos mujeres, el marido de Wanda eligió la habitación inmediata. Frank escogió la habitación situada frente a la de ellas, al otro lado del pasillo, y el

guía Nelson Jair la inmediata, que quedaba frente a la de Howard Leyton. Eran todas las habitaciones del reducido hotel de la selva.

El primero en bajar fue Frank Harris, que se había aseado y cambiado de camisa y pantalón, lustrando sus botas, para descender más pulcro de lo que llegó a Porto Cruz.

Miro al exterior.

Como dijera la dueña del hotel, allí oscurecía rápidamente. Eran las seis y media, y una tonalidad azul intensa iba apoderándose del cielo y del paisaje, a pesar de que aún era de día. En cuanto se hundiera el sol en el horizonte, la oscuridad llegaría al poblado.

Algunas viviendas lucían ya las llamas de quinqués o farolas en su interior y en los porches. Había numerosos mosquitos zumbando alrededor. Frank no los notaba en su piel broncínea, gracias a la grasa que se aplicaba sobre su rostro y manos, para eludir su acometida.

Ya no había túmulo funerario en medio de la plaza, y todo parecía haber recobrado su fisonomía habitual en el pequeño lugar alejado de la civilización. Sin embargo, a Frank no se le escapó el clima de incertidumbre y temor que parecía latir en el ambiente.

Alzó la cortinilla de juncos de la entrada, y cruzó la plazoleta, en dirección a la cantina de Ze Moreira, al otro lado del claro. Un cartel, sobre el porche, anunciaba que allí se podía adquirir desde una botella de ron o ginebra, hasta un rifle, un saco de café o una pieza de tela, pasando por vajillas, frutos, medicamentos y botas.

Entró en el local. Un grupo de hombres cetrinos consumían bebidas alcohólicas, acodados en el mostrador de tablas. El recio Ze Moreira alzó la cabeza, mirando al nuevo cliente. Le agitó una mano, cordialmente.

—Eh, ¿es usted el cazador que ha venido con los americanos al hotel? —saludó.

—Sí, el mismo —asintió Harris, mirando sin gran simpatía al cantinero—. Ya nos conocemos de otras veces. Estuve aquí en dos ocasiones, Ze. La última, hace más de cuatro años…

—Oh, sí, ya recuerdo —asintió el cantinero, poniendo un vaso ante él—. ¿Ron, ginebra, *brandy*…?

—Prefiero el *bourbon*, si aún queda algo por ahí…

—¡Ya lo creo! —Moreira buscó entre unas cajas, y saco una botella de ambarino contenido—. Bourbon auténtico de Kentucky,

cazador. Ze Moreira tiene de todo, como puede ver.

—Cierto —asintió Harris, pensativo—. ¿También usted vendió el ataúd para la chica que enterraron hoy?

Fue como nombrar la soga en casa del ahorcado. Los que bebían dejaron de hacerlo, mirándole con expresión de repentina inquietud. El cantinero alzó los ojos, y los clavó en el cazador, receloso y como temiendo hablar del tema.

—Pues… sí —admitió—. Pero no es una mercancía habitual en esta casa. Yo mismo tuve que construirlo esta mañana, a primera hora. Acostumbro a tener uno de reserva, pero en Puerto Cruz se muere una persona de tarde en tarde. Somos tan pocos, y tenemos bastante buena salud…

—Pero últimamente, las cosas han cambiado, ¿no? —Harris miraba fijamente al cantinero—. Se muere más a menudo, según parece…

El silencio en la cantina seguía siendo profundo. Los clientes se limitaban a mirar, sin intervenir en la conversación. Ze Moreira parecía incómodo con aquel tema. Aun así respondió, de mala gana:

—Sí, han cambiado. Dos tristes accidentes…, en dos días seguidos.

—¿Llama usted accidente a esa clase de muerte, Ze? —Sonrió Harris—. Deben tener un animal peligroso por los alrededores, sin duda.

—No hay ningún animal que haga eso a una persona, —rechazó el cantinero.

—¿Entonces…? —indagó Frank, enarcando las cejas y probando el *bourbon* con lentitud.

—No sé. Nadie sabe nada —eludió Ze—. Hay quien dice que es el diablo…

—El diablo debe estar demasiado ocupado para venirse tan lejos, en busca de víctimas —sonrió el cazador, irónico.

—No bromees con esas cosas, amigo —terció, plañidero, uno de los clientes de la cantina—. Los malos espíritus andan por aquí, no lo dude.

—Yo no he venido a cazar espíritus, sino animales salvajes. Vivos, naturalmente. Me gustaría poder llevarme para Estados Unidos un ejemplar del extraño animal que atacó a esas dos personas…

Uno de los clientes se persignó, saliendo rápido de la cantina, como si aquel diablo de quien hablaban fuera persiguiéndole ya. Ze Moreira torció el gesto.

—Escuche, cazador —aconsejó—. Cace lo que conoce ya, y no se meta en nuevas averiguaciones. Nadie puede cazar lo que no es de este mundo…

—¿Quién dice esa tontería? —Sonó una voz a espaldas de ellos —. Todo lo que tenemos aquí, en torno nuestro, es de este mundo. Lo que está en la Tierra, a la tierra pertenece, señores. Ya va siendo hora de que no se hablen tonterías.

Frank Harris, sorprendido, se volvió.

Aquélla había sido una voz de mujer. Una voz extrañamente cultivada y serena, una voz profunda y autoritaria, de perfecto inglés, aunque con leve acento extranjero.

Al volverse, se encontró ante la mujer más hermosa que jamás hubiera podido soñar, y que surgía en aquel olvidado rincón del mundo, como una aparición increíble y fantástica.

Capítulo IV

—SEÑORITA CARLSON… Es un placer verla de nuevo por mi tienda…

Era Moreira quien, untuoso, servil, hablaba a la joven desconocida, con evidente deferencia. Incluso se inclinaba ante ella, como adorando a una diosa pagana.

Ciertamente, la bella aparición tenía mucho de diosa pagana, especialmente al verla surgir así, en plena jungla en un lejano villorrio, hundido en las profundidades de la ingente selva amazónica.

Alta, muy rubia, de cabellos largos, atados en una cola a su nuca, de piel suavemente pálida, algo coloreada ahora por el efecto del sol tropical, de grandes y vivos ojos azules, de boca carnosa, de figura esbelta, pero a la que el pantalón corto varonil y la blusa abotonada, prestaban un realce asombroso, silueteando la perfecta línea de sus bien torneados muslos y la arrogancia juvenil y llamativa de sus firmes pechos.

Llevaba revólver al cinto, en funda de cuero, como el propio Frank Harris, y su cutis brillaba con algo que, sin duda, era una pomada contra mosquitos y toda clase de molestos insectos.

—Buenas tardes, Moreira —saludó, resuelta, entrando en la cantina, con firme paso—. Necesito provisiones. Tengo ahí fuera al ayudante de mi padre, con las bolsas para cargarlas. Aquí tiene la lista. Sea rápido. Tengo prisa por volver a casa antes de que oscurezca.

—Sí, señorita Carlson, enseguida —asintió vivamente el cantinero, tomando de la mano de la rubia belleza un papel escrito, que comenzó a consultar, mientras retiraba cajas, bultos y embalajes de su desordenada tienda, para reunir el pedido.

Frank Harris apuró su *bourbon* lentamente, y tomó la botella, sirviéndose otro, mientras examinaba críticamente la alta y

arrogante figura de aquella joven hembra, realmente insólita en plena selva.

Ella se volvió hacia él, inesperadamente. Sus pupilas azules se clavaron en Harris, burlonas.

—¿Ya terminó de examinarme, señor? —preguntó—. ¿Qué opina de mi tipo?

Frank sonrió a su pesar, ante la astuta audacia de la muchacha.

—Creo que eso debe imaginarlo ya. No sería el primero en decírselo, estoy seguro —declinó, galantemente, con una inclinación cortés de cabeza.

—Vaya… Eso es una forma velada e indirecta de ser amable —rió ella—. Su inglés parece bastante perfecto. Usted no es brasileño, ¿verdad?

—No —negó Frank—. Ni usted inglesa, señorita.

—Acertó. Soy de origen sueco, aunque —educada en Inglaterra.

—Yo soy norteamericano, aunque de padre inglés —sonrió Frank—. Hay algo en común entre ambos, ¿no cree?

—En cierto modo —asintió ella, estudiándole—. ¿Es cazador profesional?

—Un pleno total —rió Frank—. También usted acertó esta vez.

—No me gustan los cazadores que matan fieras.

—Yo no mato. Sólo cazo ejemplares vivos. Los viejos safaris ya casi no se estilan, por suerte para el equilibrio ecológico de nuestro mundo.

—Eso es diferente —le tendió su mano de forma espontánea—. Soy Ilse Carlson, y vivo cerca de Porto Cruz, con mi padre, el doctor Eric Carlson.

—Es un placer conocerla, señorita Carlson. Mi nombre es Harris. Frank Harris —y añadió, tras estrechar la mano de la joven—: Extraño lugar para residir una mujer como usted.

—Esta región es muy bella. Salvajemente bella, diría yo.

—Lo es. Pero también extraña. Sobre todo, para personas como usted.

—La cosa tiene fácil explicación. Mi padre es biólogo. Le apasiona la biozoología especialmente. Ha recorrido muchos países… Ahora estudia la fauna amazónica y su conducta. Etiología de los animales, ya sabe.

—Sí, ya sé. Un biozoólogo… ¿Y usted le ayuda también en eso?

—La miró, pensativo.

—En efecto, señor Harris. Es un duro trabajo, aunque le ayude su colaborador, Amaraldo Quadra, que es un aficionado brasileño a la especialidad. También me necesita a mí.

—¿También estudió usted biología y zoología?

—No. Sólo soy aficionada. Pero me apasiona el tema.

—¿Viven junto al pueblo?

—Un poco lejos de él. A cosa de una milla, río abajo.

—Una milla… —Frank miró al exterior. El sol se había puesto. El azul de la tarde se oscurecía por momentos—. Es demasiada distancia para recorrerla de noche…

—Lo he hecho muchas veces, señor Harris. No tengo miedo. Sé que los animales no son tan peligrosos como dicen.

—No esté tan segura de eso. Ha habido recientemente dos muertos en Puerto Cruz, ¿no lo sabía?

—Dos muertos… —Se estremeció ella, abriendo mucho sus azules ojos—. ¿Qué quiere decir?

—El cazador tiene razón, señorita Carlson —terció vivamente Ze Moreira en ese punto—. Un hombre y una mujer fueron atacados, de noche, por un extraño animal, en las… cercanías del pueblo. Ambos murieron.

—Cielos… —ella desvió la mirada. Parecía inquieta—. ¿Algún jaguar, un reptil venenoso…?

—Al parecer, ni una cosa ni otra —dijo lentamente Frank—. Un animal que trituró el esqueleto de sus víctimas, reventándolas por dentro… y que clavó sus incisivos en la garganta de ambas, succionando la casi totalidad de la sangre de sus venas y arterias…

La palidez de Ilse Carlson, en este momento, fue ostensible, pese a su ya natural tono claro. Se sujetó al mostrador, como si vacilase su equilibrio.

—Pero…, pero no existe ningún animal así, usted lo tiene que saber —dijo roncamente, mirando a Harris.

—Claro que lo sé. Como debe saberlo usted, puesto que conoce la biozoología —asintió Frank, sin quitar sus ojos de ella—. Pero así ha sucedido. Ésos son los indicios que dejó el agresor tras de sí. Extraño, ¿no? Creo que podría consultar a su padre. Tal vez él pudiera ayudamos a encontrar una clase de animal salvaje que se pareciese al que pudo causar ese destrozo…

—No, estoy segura de que no existe nada semejante, y menos, en estas regiones —sostuvo ella, con cierto temblor en su voz—. Tal vez alguien les atacó, fingiendo luego que era un animal salvaje…

—¿Alguien lo bastante fuerte para destruir los huesos de la víctima en un abrazo mortal? —Dudó Frank, dirigiendo una ojeada pensativa a los poderosos músculos de Ze Moreira, que alzaba en ese momento unas pesadas cajas—. Pudiera ser. Pero entonces, ¿por qué la succión de la sangre? ¿Ese hipotético ser humano, fuerte y demoledor… es también un vampiro?

—Tengo que irme. —Susurró Ilse Carlson, nerviosa—. Sobre todo, después de lo que acaban de contarme, quizá sea mejor que me apresure a regresar, aunque vaya acompañada de un porteador nativo… Termine lo antes posible, Moreira, por favor.

—Sí, señorita, enseguida. —Asintió el cantinero, enjugándose el sudor del rostro.

Salió con la carga, para depositarla en las bolsas de saco que traía consigo un porteador indio. Frank aprovechó para inclinarse hacia Ilse Carlson, la belleza rubia.

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció—. Sería lo más prudente. Puedo tomar mi rifle y…

—¿Y regresar luego al poblado usted solo, a través de una milla de selva? —Ella negó con viveza—. No, no, ni pensarlo. No podría dormir, preguntándome qué le habría sucedido a usted, en ese tiempo.

—Soy un cazador experto, señorita Carlson. No es fácil sorprenderme, y menos, si llevo conmigo rifle, machete y revólver.

—¿Ni siquiera un ser como el que pudo causar esas dos muertes? —dudó ella.

—Si es de este mundo, ni siquiera él. Y usted y yo parecemos totalmente seguros de que sí es de este mundo, y no puede ser de otro modo.

—Por supuesto. Todo lo demás son supersticiones. Pero no puede arriesgarse por mí. Le ruego que no insista. Mi porteador lleva rifle y machete. Yo, revólver. Ambos lo utilizaríamos, llegado el caso, no lo dude.

—¿Y si fuese ineficaz, ante un ser así?

—Una bala no puede ser ineficaz frente a un ser real, por fuerte que sea. Y le aseguro que sé disparar. Ahora, buenas tardes, señor

Harris.

—Está bien, como quiera. Buenas tardes, señorita Carlson. La claridad del día aún durará unos diez minutos. Aprovéchelos lo mejor posible.

—Así lo haré. Ha sido un placer conocerle. Espero que nos veamos de nuevo, aunque bajo con poca frecuencia al poblado. Sólo cuando necesitamos provisiones. Mi padre se absorbe en su tarea durante semanas enteras, y yo, con él.

—Lo comprendo. Mucha suerte en su tarea… y en su viaje de esta noche.

La rubia y hermosa criatura sonrió, abandonando la cantina. Pagó a Moreira en el porche, y cuando su porteador indio hubo cargado con los dos pesados sacos, iniciaron el regreso hacía la densa jungla, ya demasiado oscura para que Harris contemplara, tranquilo, la marcha de la rubia muchacha.

Pagó sus *whiskys* y regresó al hotel. Iba pensativo, preocupado por una mujer a la que apenas conocía, pero cuya imagen no podía apartar de sí. Ni siquiera la visión de la belleza pálida de Luz Falcoa, la dueña del hotel, logró alejar de su mente la imagen de Ilse Carlson, la beldad nórdica.

La hostelera salía de las dependencias del hotel, en ese momento, y le dirigió una sonrisa.

—Sus compañeros están ya en el comedor —indicó—. Voy a servir la cena, en cuanto usted se acomode, cazador.

—Entonces, adelante —invitó Frank—. Traigo verdadero apetito, señora.

Pasó al comedor. Una larga mesa había sido dispuesta para los cinco comensales que formaban el hospedaje total del establecimiento. Leyton le recibió con alivio.

—Había empezado a preocuparme por usted, viendo que oscurecía —confesó—. Pensé si su curiosidad de cazador le habría llevado a cometer el grave error de dar algún paseo por los alrededores del poblado… en busca de huellas de ese animal.

—Tentado estuve de dar un paseo, pero bastante más largo: dos millas entre ida y vuelta, para ser exactos —suspiró Harris, sentándose junto a Nelson Jair y Stella Caine, frente al matrimonio Leyton.

—¡Dos millas! —Se asustó su cliente—. Eso sería una locura,

Harris. Ya sabe que ataca al anochecer…

—Por esa razón pretendía hacerla. Se trataba de acompañar a una joven…

—¿Hermosa?

Era Wanda Leyton quien hacía la pregunta. Harris la miró, risueño.

—Sí, muy hermosa —asintió—. Pero ése no era el motivo principal.

—Sería mulata o de color, imagino —comentó Wanda, algo despectiva.

—Se equivoca. Era rubia, muy pálida y de ojos azules. De origen sueco.

—Cielos, ¿y qué hace una sueca en estos lugares? —se asombró Leyton.

—Biozoología.

—¿Qué? —Pestañeó el americano.

—Estudios biológicos de los animales. Acompaña a su padre en eso. Se llaman Carlson, y viven una milla selva adentro, bajando el curso del río…

—¿Está hablando del doctor de los pantanos?

Sorprendido, Frank alzó la cabeza. Era Luz Falcoa quien, con una fuente llena de frescos pescados de río, a la plancha, llegaba hasta la mesa.

—Sí —asintió—. Supongo que sí. Un tal doctor Carlson, que tiene una hija rubia y un ayudante nativo, creo.

—Son ellos. —Luz dejó la fuente en medio de la mesa—. Su casa está entre el río y la zona pantanosa de las ranas venenosas, las de vivos colores… No se le ocurrirá ir allí, ¿verdad, cazador?

—¿Y por qué no? —indagó él, perplejo.

—No debe hacerlo. El pueblo dice que es una extraña gente la de esa casa. Y un extraño trabajo el suyo. Dicen que algunos nativos que pasaron cerca de allí, al oscurecer, oyeron extraños gritos en el interior. Gritos que no eran humanos ni animales. Eso ha hecho que los supersticiosos de la región le llamen a ese hombre «el doctor infernal» y cosas parecidas. Se asegura que maneja a los espíritus del mal para sus prácticas misteriosas…

—¿Qué piensa usted de eso, exactamente?

—¿De qué, señor Leyton? —Se volvió Frank, pensativo, fumando

con lentitud su cigarro emboquillado.

—Ya me entiende: lo que dijo la señora Falcoa, antes de la cena. Eso relativo al doctor Carlson, el biólogo sueco…

—Oh, entiendo —asintió el cazador. Ya sabe cómo son en los sitios pequeños, alejados de la vida civilizada. Luego, la religión y una serie de condicionamientos raciales y ambientales hacen el resto. La gente se vuelve supersticiosa, ve fantasmas por todas partes. En realidad, la ciencia ha tenido siempre mala acogida entre el pueblo. Basta recordar mitos como Frankenstein para darse cuenta de ello.

—De modo que no cree que ese doctor haga nada especialmente raro.

—¿Por qué habría de hacerlo? —La luz del quinqué colgado del porche del hotel iluminó crudamente el rostro enjuto y anguloso del rubio cazador, al contemplar, pensativo, al americano para quien trabajaba en la labor de cacería de animales vivos—. Es un zoólogo que estudia la biología de la fauna local, eso es todo.

—La señora Falcoa habló de gritos que no eran humanos ni animales…

—¿Y quién mencionó esas cosas? Gente que transitaba por la zona pantanosa, y posiblemente iba llena de miedo hacia la casa y sus ocupantes. Predispuesto así, incluso podría haber dicho que vio salir del edificio a un verdadero monstruo.

—¿Qué monstruo? —Preguntó agudamente Leyton—. ¿El ser que atacó a esas dos infortunadas personas, Harris?

—Eh, señor Leyton, su imaginación va muy deprisa —rió Frank, meneando la cabeza—. ¿Sugiere que el doctor Carlson ha creado su propia criatura de Frankenstein, y ésta siembre la muerte y el terror en la jungla?

—¿Por qué no? Sería una explicación a lo que sucede…

—Por favor, señor Leyton, le imaginaba menos hostil a la ciencia…

—Nunca lo he sido. Tal vez sea este ambiente que respiramos… —Miró alrededor, a las desiertas y cortas callejas del poblado, que confluían inevitablemente en la plazoleta central. La cantina era el único local que permanecía aún abierto. Había gente en su interior. Salía de él humo de tabaco y voces de hombres. El resto del lugar era oscuro y desolado. La gente, encerrada en sus casuchas de cañas

y adobe, tal vez no conciliaba el sueño pensando en el gigantesco reptil que atacó a las dos víctimas recién enterradas. Leyton exhaló un suspiro—. ¿Se da cuenta? Esta soledad, este muro de espesura que nos rodea, los gritos de los animales nocturnos…

—Tiene que irse habituando a ello. Estaremos aquí más de diez días, con toda seguridad. Hay animales en su lista que son difíciles de cazar vivos, como las serpientes de coral micruroides, las más venenosas; o como el Hoazín, ese raro pájaro que recuerda al fósil archaeopteryx, el ave más antigua del mundo.

—El Hoazín… —repitió Leyton, con expresión fascinada—. Ardo en deseos de ver un ejemplar vivo. ¿Es cierto que sus alas poseen esas garras como dedos unguinculados, semejantes a sus antepasados reptilianos, y que usa para encaramarse por los árboles, aunque también puede nadar y bucear cuando se le persigue?

—Sí, así es ese fantástico pájaro del interior del Brasil, señor Leyton. Pero es noctívago, y difícil de cazar. Nos llevara, mucho trabajo dar con él y aprehenderlo, se lo aseguro.

—Bien, aceptaré resignado el tiempo que nos toque estar aquí —admitió Leyton, inclinando la cabeza, y aplastando su cigarrillo en una tabla del porche—. De no ser por ese suceso, no estaría tan nervioso ahora…

—¿Se refiere a las dos muertes violentas? —Harris se encogió de hombros—. No podemos hacer nada, si existe realmente un animal monstruoso y desconocido en las cercanías. Después de todo, ha ocurrido antes de llegar nosotros. Podría ser que no volviera a suceder más. Trate de olvidarlo. No me gusta particularmente utilizar el alcohol para olvidar nada, porque es un mal remedio, pero ¿qué tal si vamos a la cantina a tomar una copa o, como mínimo, un café?

—No es mala idea —aceptó Leyton—. Vamos, yo le invito, Harris.

—La idea fue mía —sonrió Frank—. De modo que la invitación también. Otro día le tocará a usted. Permaneceremos poco tiempo, porque hay que descansar. Mañana madrugaremos para iniciar la cacería con algunos ejemplares sencillos, como son los lagartos iguana comunes. Vamos, señor Leyton.

Cruzaron la plazoleta, entrando en la cantina, iluminada por quinqués de petróleo y algunos carburos adosados al muro. Olía el

aire a ginebra y a café.

—Café —pidió Leyton—. No acostumbra a quitarme el sueño.

—A mí, sí —sonrió Harris—. Me desvela cualquier cosa, tengo el sueño muy ligero. Ze, un *bourbon* para mí.

—Enseguida, cazador —asintió el cantinero, apresurándose a servirles.

Frank miró de soslayo a la cantina, cargada por el humo de cigarros y pipas. Había ocho o diez hombres reunidos. Ocupaban dos mesas de un rincón, una de ellas con jugadores de póquer y la otra repleta de botellas medio vacías de ron o ginebra. La curiosidad de todos se centraba en la partida. Un hombre sudoroso, flaco y moreno de piel, con cabello oscuro y ojos ardientes, parecía ser el ganador esa noche. Se apilaban ante él monedas y billetes. Al menos ganaba mil cruzeiros hasta el momento. Masticaba algo, unas hojas verde oscuras, que destilaban un jugo color café, parecido a la nicotina o el alquitrán de un cigarro.

—Vamos, vamos, Joao —le incitó uno de los testigos la partida —. Si ganas esta mano también, casi vas a doblar tus beneficios esta noche.

—Vete al diablo —refunfuñó el jugador, sin dejar mascar el repugnante jugo vegetal, e incluso mezclándolo ahora con un largo trago de ginebra—. Aún tengo que jugarla. Veremos lo que sucede. Da mala suerte presagiar el resultado de una partida, imbécil.

—Está bien, Joao, no te pongas así —se excusó el otro. Sólo calculaba lo que te reportaría ganar…

—Pues cierra el pico —le cortó el llamado Joao ásperamente.

—Ése es el marido de su hostelera, señores —habló entre dientes —. Joao Vargas, un tipo que se droga con es hierbajos y bebe sin descanso. A veces, me pregunto cómo vive aún, con los ataques que sufre…

En ese instante, se mostraron las jugadas, tras subir un jugador su propia postura y obligar a Joao Vargas a imitarle. El marido de Luz Falcoa tenía solamente dobles parejas de ases y damas. Su enemigo, un *full* de reyes y dieces.

—¡Maldita sea! —aulló Joao, palideciendo al ver cómo su antagonista retiraba una considerable cantidad de monedas y billetes del centro de la mesa. Se volvió, airado, hacia el que hablara antes—. ¡Te lo dije, bastardo! ¡No me gusta que hablen

antes de tiempo! ¡Siempre sale mal!

Se incorporó, tambaleante. Estaba demasiado lívido para ser sólo producto del reciente fracaso. Además, sus dilatados ojos brillaban excitados, y le temblaban las comisuras de los labios, dejando gotear la repulsiva pulpa marrón de las hojas alucinógenas que mascaba.

Aferró rabiosamente al hombrecillo pequeño y gordo que hablara, y le empezó a golpear brutalmente. Chilló el golpeado, pero nadie se interpuso para evitar el lío. Ze Moreira se limitó a mirar la escena con indiferencia.

Empezó a sangrar por la boca y nariz el hombre gordito, agitado por las crispadas manos del hombre flaco, como si éste tuviera la idea de triturarle antes de dejar la paliza. Los demás miraban, callados. El hombre gordito sollozaba.

—¿No va a impedirlo nadie, Ze? —Preguntó fríamente Harris—. Puede hacerle daño de verdad. Está como fuera de sí, no sabe lo que hace…

—¡Cualquiera se mete en sus asuntos! —Resopló Moreira—. Vargas sería capaz de matar a quien lo hiciese…

—Pues tendrá que matarme a mí —sentenció glacialmente Harris.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, cruzó la cantina con larga zancada, llegó hasta los que peleaban, y les apartó por el expeditivo procedimiento de soltar al marido de Luz Falcoa un directo terrorífico al mentón, que le proyectó hacia atrás, como un pelele, derribando mesa, dinero, naipes y botellas, para ir a parar, en violento aterrizaje, entre un montón de sacos de café, azúcar y harina.

—Cielos, forastero, ¿qué ha hecho? —jadeó uno de ellos.

—Sí… —lloriqueó el propio golpeado, con su rostro bañado en sangre—. ¿Qué ha hecho, señor? No debió intervenir… Nos matará a todos…

Harris no dijo nada. Seguía mirando fijamente al caído.

Y ciertamente empezó a pensar que era cierto. Podía ser capaz de matarles a todos. Por ganas no iba a quedar. Se estaba incorporando. Su rostro era una máscara crispada, de color cera. Su boca espumeaba, los ojos eran vidriosos, las manos, dos garfios crueles, casi inhumanos. Temblaba como si sufriera una crisis de

fiebres palúdicas o de malaria.

Y por si eso fuera poco, había extraído de su faja un arma terrible e inesperada: un garfio de acero, curvado y centelleante, como el que usaban los estibadores para cargar fardos en un muelle.

Con un rugido bestial, se precipitó sobre Harris, el garfio en alto, la expresión delirante…

Capítulo V

DE haberle alcanzado, el rostro del cazador hubiese quedado, sin duda alguna, desgarrado en dos, mutilándolo para siempre o, quizá, provocando su muerte sin remedio.

Pero Frank era ágil y astuto como muchos de los animales con los que se veía obligado a rivalizar en sus cacerías.

Por ello, con una rápida acción, se apartó del camino de la terrible arma empuñada por un adversario, que hendió el aire con un zumbido escalofriante, sin alcanzar su objetivo. Simultáneamente, Frank cruzó su pierna en la ruta de Joao Vargas, logrando trabar sus piernas y derribarle aparatosamente de bruces. El hombre lanzó un alarido furioso, su garfio escapó, yendo a hincarse, vibrante, en un cajón de botellas.

Luego, cuando Frank se disponía a caer sobre el hombre derribado, para darle su merecido, se detuvo, impresionado. La escena era para erizar los cabellos al más avezado de los hombres.

Revolcándose en el suelo, rígido, estirado, mortalmente pálido, los ojos desorbitados y vidriosos, Joao Vargas exhalaba por su boca alaridos inhumanos, mientras sus labios se llenaban de una espuma amarronada por la droga y amarillenta por su propia baba. Las manos, crispadas, arañaban el suelo rabiosamente. El hombre tenía uñas afiladas, y se clavaban en tierra de forma rabiosa, como si pretendieran a arañar o destrozar algo que no existía más que en su imaginación.

—¿Qué le ocurre? —jadeó Leyton, demudado, contemplando la escena.

—Epilepsia —dijo roncamente Harris—. Debe producirla la droga, cuando se excita demasiado. En esta situación, puede convertirse en un enfermo lastimoso… o en un auténtico peligro para cualquiera.

—¿No hay ningún médico en este lugar? —gimió Howar Leyton,

volviéndose al cantinero.

—Claro. El doctor Nunhes —bostezó Moreira—. Pero le ha visto otras veces. No tiene remedio. Antes se calmaba con unas inyecciones. Ahora, no. Hay que dejarle que se desahogue, hasta el agotamiento. Luego, acostumbra a desvanecerse. Por eso le dije, cazador, que no debíamos mezclarnos en sus asuntos.

—Es culpa de la droga que mastica, ¿verdad? —indago Harris.

—Si —afirmó el cantinero.

—¿Usted se la vende?

—Cielos, no. Yo no vendo esas cosas. No quiero problemas. Él se conoce bien la región. Sabe para lo que sirven ciertas plantas. Y las recolecta él mismo. Es un pobre enfermo. Pero peligroso.

—Ya lo he visto —señaló el garfio, que arrancó del cajón, dejándolo sobre el mostrador luego—. ¿Trabaja de estibador acaso?

—Sólo descarga lo que le envían de Manaus para su hotel. —Moreira meneó la cabeza—. Su mujer es una mártir. No sólo bebe y se droga, sino que sólo le gustan las mujeres de la peor calaña, sucias y mugrientas, gordas y repulsivas… muy negras, sobre todo. Con la hermosa mujer que tiene en casa…

—Usted lo dijo. Es un enfermo, aunque peligroso. —Harris observó que los espasmos y gritos del hombre iban cediendo paulatinamente, aunque el aspecto de Loao Vargas seguía siendo espantoso—. Esperaremos el señor Leyton y yo, para llevarle al hotel.

Esperaron, tomando cada uno su consumición. El silencio se había hecho absoluto en la cantina. Los hombres, tras recoger el dinero volcado, metieron parte de él en los bolsillos de Vargas, y se repartieron el resto, empezando a desfilar hacia la salida, cabizbajos. En un rincón, el hombre gordito restañaba su sangre, con ayuda de una botella de ginebra.

—Yo cerraré la cantina —rezongó Moreira, empezando a apagar luces—. Ya va siendo tarde. Y las noches han empezado a ser poco seguras en este lugar, últimamente…

—Pero sólo en la selva… al menos de momento —comento Harris, pensativo.

—Sí, claro. —Ze Moreira le miró, sorprendido—. Al menos… de momento, cazador. Y Dios quiera que siga así. No seré yo quien se aventure en la jungla, por la noche.

Minutos más tarde, Joao Vargas estaba totalmente inmóvil, extenuado. Cargaron con él entre Leyton y Harris, iniciando el regreso al hotel.

Luz Falcoa palideció, al verles llegar con su marido inconsciente. Se precipitó hacia él, angustiada.

—Dios mío… —gimió—. ¿Qué le ha sucedido?

—Usted debe saberlo mejor que nosotros, señora —manifestó Leyton—. Le dio un extraño ataque en la cantina, mientras jugaba al póquer…

—El juego… Otro de sus malditos vicios… Fue… fue epilepsia, ¿no?

—Me temo que sí, señora —era Harris ahora quien hablaba gravemente—. ¿Le dan a menudo?

—¿Esos ataques? Si, cada vez con mayor frecuencia. Es efecto de un alucinógeno, al mezclarse con el alcohol…

—Lo imaginaba. Estaba masticando hojas vegetales. Y bebía ginebra. Se peleó con un hombre. Intervine, y quiso golpearme, pero cayó antes de que yo pudiera atacarle. Parecía fuera de sí, como si no supiera lo que hacía…

—En realidad, no lo sabe. Es una clase de epilepsia agresiva, según el doctor Gil Nunhes, nuestro médico de Porto Cruz. Se le puede aliviar, pero no curar. Y menos aún, si sigue drogándose y bebiendo. Ésta es mi tragedia, señores.

—Lo entiendo —asintió Harris. Alzó una mano del enfermo—. Para ser epiléptico, lleva las uñas demasiado largas.

—¿Y qué? —Ella le miró, sorprendida—. ¿Eso significa algo?

—Podría ser peligroso. Araña con fuerza, sus manos son como garras. Él se puede dañar. O dañar a otro.

—Lo tendré en cuenta, en lo sucesivo. Pero es difícil ocuparse de él. No tolera consejos ni indicaciones. No me permite nada. Incluso me golpea, si insisto.

—¿Cómo se casó con un hombre así, siendo usted joven, hermosa…?

—Cazador, él era muy distinto entonces. Luego adquirió las fiebres de los pantanos. La quinina y la morfina le habituaron a drogarse. Conocía narcóticos de la flora tropical, los usó para seguir drogándose. Se desmoronó como hombre. El vicio más abyecto le poseyó. En tres años, todo eso hizo de él un espectro, y ahí lo

tiene… Ése es, ahora, mi marido. Por favor, llévenlo adentro. Yo avisaré al doctor Nunhes aunque todo es inútil ya con él…

Condujeron al esposo de Luz Falcoa al interior de su habitación de la planta baja, depositándole en un lecho de matrimonio. Frank contempló una fotografía enmarcada, sobre un mueble, mientras lo hacía. Era una fotografía no muy buena, hecha por algún aficionado o por un forastero amable, en polaroid de revelado instantáneo. Allí se veía a Luz Falcoa con un hombre alto, joven y moreno. Resultaba difícil identificar en él al actual Joao Vargas, el drogadicto.

Salieron al vestíbulo de nuevo, dejando allí inconsciente al esposo de Luz. Ésta no tardó en regresar con un hombre amable, de cabellos blancos y tez marrón, que llevaba consigo un maletín, y apoyaba unas gafas de montura metálica sobre su gruesa nariz brillante.

—Doctor Nunhes, estos caballeros ayudaron a Joao en su último ataque —explicó ella—. Son el señor Howard Leyton, un norteamericano que trabaja para un zoológico y una reserva de animales salvajes. Le acompaña el señor Harris, cazador profesional.

—Es un placer, señores, aunque las circunstancias resulten harto dolorosas —suspiró el médico, estrechando sus manos—. Joao sufre un mal irremediable en estas latitudes. Prisionero de sus vicios, no es fácil que jamás se rehabilite de ellos. Es el mal de los trópicos. Son como un cepo para el hombre débil. Un cepo mortal.

Entró en la habitación, tras una disculpa, acompañando a la hostelera. Leyton y Harris se miraron.

—Voy a descansar —suspiró el primero—. ¿Usted, no?

—Claro —asintió Frank—. ¿Qué otra cosa se puede hacer ya? Le llamaré a las siete en punto, señor Leyton. —Creo que, para esa hora, estaré ya despierto. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo, pensativo, mirando hacia la habitación del matrimonio Vargas. Leyton subió a la planta alta. Harris terminó de fumar sin prisas su cigarro estrecho, que finalmente aplastó en un cenicero de barro, empezando a subir la escalera lentamente.

—Gracias, cazador.

Giró la cabeza, dejando de subir. Luz Falcoa estaba fuera de su habitación. Le miraba tristemente, con ojos cansados y expresión serena, arrebujada en un manto color crudo, con flecos. La noche

era fría en las márgenes del río, al llegar la noche. Una bruma pegajosa se veía flotar en el exterior, difuminando las formas de los edificios y haciendo casi invisible la cercana selva.

—No tiene por qué dármelas —dijo Harris—. Es un enfermo, después de todo.

—Hablaba en sueños. Decía que la próxima vez clavaría el garfio al cazador. ¿Es que lo intentó realmente?

—Sí. —Harris inclinó la cabeza—. Pero no era responsable de sus actos.

—Gracias por habérmelo ocultado. Aun así, usted le ayudó…

—Era mi deber de humanidad, señora —sonrió Frank.

—Lo sé —inclinó la cabeza. Apretó el chal contra sus erectos senos de mujer en plenitud. Respondió hondo—. Aun así… gracias otra vez. Y buenas noches, cazador.

—Buenas noches —fue su respuesta. Y siguió subiendo las escaleras, hasta que desapareció tras la puerta de su habitación.

Luz Falcoa suspiró, la vista fija en la altura. Luego regresó lentamente junto al doctor Nunhes, que estaba inyectando algo a su inconsciente marido.

—Esto le ayudará a dormir —dijo el viejo médico de Puerto Cruz—. Pero con los drogadictos epilépticos, nunca se sabe. Podría incluso reaccionar y despertarse. Luz, ¿por qué no duerme alejada de él, en una habitación cerrada con llave por dentro? Puede llegar a ser muy peligroso…

—Peligroso… —repitió ella, mirando fijamente al hombre yacente. Apretó los labios—. Eso ya lo dijo alguien esta misma noche. No se me había ocurrido. No, nunca se me había ocurrido que Joao fuese un peligro… para los demás.

—Pues vaya pensándolo, criatura —suspiró el doctor Nunhes, cerrando su maletín y dirigiéndose a la salida—. Su mal ha empeorado ya mucho. Me preocupa Joao…

—¿En qué sentido, doctor? ¿Peligra su vida?

—No sé qué decirle, Luz. Peligra él… y peligra usted. Y tal vez otros… Pero ¿qué otra cosa podemos hacer con él? Mis recursos son tan limitados…

Sacudió la cabeza con pesimismo, y caminó hacia la salida de la habitación, sin añadir una palabra más. Luz Falcoa, lenta, tristemente, se sentó en el borde de la cama, con expresión

abstraída, la mirada lejana. Como si con ella pudiera, al menos, evadirse del cerco de amargura, decepción y frustraciones de aquel lugar donde se veía condenada a vivir hasta el fin de sus días.

Poco a poco, el hotel fue quedando en silencio, a medida que los habitantes del edificio reposaban. La noche fría, húmeda, de espesas brumas flotando a ras de tierra y espesándose en las márgenes del río, lo envolvía todo como un helado sudario que contrastaba con el calor agobiante de los largos días tropicales.

Y en la noche, tal vez, allá fuera, acechando entre sombras y nieblas, un ser monstruoso y terrible esperaba una nueva víctima para su escalofriante avidez de muerte, de horror y de sangre.

Pero el largo y terrible alarido de agonía, de terror supremo, cuando brotó en la callada madrugada de Puerto Cruz, no llegó precisamente de las zonas selváticas que rodeaban el poblado, sino del interior mismo del hotel.

Era un grito que rasgó el aire, un clamor escalofriante de angustia, de pánico, de muerte…

Capítulo VI

FRANK HARRIS pegó un salto en su lecho, apartando violentamente sábana y mosquitera, sin preocuparse de las alimañas tropicales que la noche había hecho caer sobre la tupida gasa protectora.

Aplastó de un manotazo rabioso a una peluda tarántula que se deslizó hacia su pierna, y tomó el rifle, precipitándose con rapidez fuera de su dormitorio, dispuesto a todo.

Otra puerta se había abierto, y apareció, con su revólver en la mano, su ayudante y guía, Nelson Jair, vestido solamente con su «slip» sobre el musculoso y ágil cuerpo moreno.

—¿Qué ocurre, patrón? —quiso saber el guía, asustado.

—No lo sé —manifestó roncamente Frank—. El grito vino de una de esas dos habitaciones, seguro… —Juraría que era de mujer…

—Yo también —dijo Harris, sombrío—. Pero puede que sea sólo una pesadilla, la que provocó ese grito…

Se aproximó a la puerta de las dos mujeres. La otra puerta se abrió en ese momento, y en el umbral asomaron, despavoridos, con el rostro muy pálido y la mirada extraviada, Howard Leyton y su esposa Wanda… que cubría con una toalla su desnudez.

—¿Qué ha sido eso, Harris? —quiso saber, con voz alterada, Leyton.

—No sé… —Harris, ceñudo, miró a ambos—. ¿Es que dejado sola a su hermana en el dormitorio, señora Leyton?

—Pues… sí —musitó ella—. Howard me llamó. Soy su esposa y… acudí.

—Entiendo. Pero eso me inquieta. —Harris fue a la puerta y golpeó con fuerza la madera—. ¡Señorita Caine, responda! ¿Está todo sin novedad ahí? ¡Señorita Caine!

No respondió nadie. La palidez de los Leyton creció de punto. Tras una breve indecisión, Harris no vaciló. Cargó contra la puerta,

de un empellón, derribándola con áspero crujido de madera astillada, y penetró, rifle en ristre, en la estancia que ocuparan hasta entonces las dos hermanas.

Una mirada le bastó. Se volvió. Revólver a punto, le seguía Jair. Le dio rápidas instrucciones:

—Que no entre la señora Leyton, Nelson. Evítelo como sea.

Luego, se quedó mirando, con ojos incrédulos, el horror que aparecía sobre el lecho.

Aquella infortunada criatura, rota y sangrante, había sido Stella Caine, la cuñada de Howard Leyton. Ahora, su cuello roto, su cuerpo tronchado, su boca invadida de vómito rojo, piel cérea, que hablaba de venas vaciadas de sangre, los ojos desorbitados por algún horror infinito, que captaran antes de cegar para siempre tras los velos de la muerte, formaban todo ello un espectáculo dantesco y horrible que, pese a todo, llegó a vislumbrar Wanda Leyton, por encima de los anchos hombros broncíneos de Nelson Jair, haciéndole emitir alarido de angustia y de dolor.

El doctor Nunhes meneó la cabeza con desaliento, cerrando su maletín y girando hacia Leyton y Harris su rostro demudado.

—Es espantoso —gimió—. La tercera vez que me enfrento a este horror…

—¿Igual que los otros dos casos, doctor? —quiso saber Harris.

—Igual, sí —asintió el viejo médico—. Pero esta vez fue aquí, en un recinto cerrado, en pleno poblado…

—No tan cerrado, doctor —señaló el cazador hacia fondo de la habitación—. No es eso lo que recomiendo a mis acompañantes, cuando visitamos la jungla… y todos pudieron ver la ventana, totalmente abierta de par en par, asomada a la noche fría y brumosa. Incluso el visillo de tupido tejido había sido arrancado de la abertura y yacía hecho jirones en el suelo.

—Por ahí entró… el asesino —musitó Howard Leyton estremeciéndose.

—Y salió, sin duda alguna —sentenció Frank, sombrío aproximándose a la abertura que daba directamente sobre la plazuela, cubierta totalmente de brumas a esa hora, hasta el punto de que las dos o tres débiles luces de algunos porches del poblado eran apenas visibles. Los ojos agudos del cazador escudriñaron el alféizar, al tiempo que encendía una linterna y derramaba su chorro

sobre él—. Vean, aquí hay algo que lo confirma…

Rápidamente, se aproximaron, Howard Leyton, que continuaba intensamente pálido y demudado, el doctor Nunhes y el fornido Nelson Jair.

—¿Qué es eso? —indagó el viejo médico, curioso, señalando los ladrillos del alféizar.

—No lo sé —confesó el cazador, pensativo. Aproximo algo más la luz, y ésta hizo destacar sobre el ladrillo una especie de reguero brillante, poco visible—. Parece como la huella que deja un caracol una babosa en las paredes. Algo viscoso, que se ha secado. Algunos reptiles también despiden un humor similar.

—Pero… la señal es muy grande, patrón —hizo notar Jair, intrigado.

—Sí. Muy ancha. Como si la hubiese dejado una enorme boa… o quizá mayor. No lo entiendo bien… Además, aquí y arañazos en el ladrillo, vean. Puede que ya estuvieran antes, Harris —hizo notar sombríamente Leyton.

—No, señor Leyton. Los arañazos están por encima del rastro viscoso. Eso quiere decir que fueron hechos después.

—¿Con qué?

—No sé. Tal vez unas garras… o unas uñas muy afiladas.

Se irguió, con ojos brillantes. Cambió una mirada con el doctor Nunhes, que no le entendió lo más mínimo. Rápidamente, le apartó, saliendo de la trágica estancia. Fuera de ella, en la planta baja, sollozaba Wanda Leyton, aplanada por la espantosa muerte de su hermana. Luz Falcoa, la hostelera, la trataba de consolar en vano. Ambas mujeres alzaron la vista al verle llegar.

—¿Cómo está su esposo, señora? —preguntó Frank gravemente a la dueña del hotel.

—Bien, imagino. Descansaba cuando le vi, antes.

—¿Puedo verle ahora?

—Claro —ella le miró, intrigada—. ¿Ocurre algo especial?

—No lo sé aún. Todo son conjeturas.

—¿Qué tiene que ver Joao en ellas?

—Tal vez nada. Pero me gustaría verle.

—Sígame —suspiró ella, abriendo paso hacia el dormitorio. Supongo que continuará igual. La inyección del doctor Nunhes hizo su efecto, afortunadamente, y…

Se detuvo en la puerta del dormitorio. Miró en todas direcciones, interrumpiéndose, y revelando angustia y sorpresa en su tono. Rápido, Frank miró por encima del hombro de ella hacia el interior.

Como sospechara, la cama estaba vacía. Joao Valdés, el epiléptico, no estaba ya allí.

—¿Adónde ha podido ir? —musitó—. Imagino que no debe andar lejos…

—Al parecer, el sedante del doctor Nunhes no le hizo el efecto esperado, señora —la miró severamente, tras comprobar que Joao no estaba en la estancia ni en sus vecindades—. ¿Cómo ignoraba usted su desaparición?

—No…, no me acosté con él esta noche. Sus comentarios, cazador, me dieron miedo. Opté por quedarme en vestíbulo, acostada en el sofá…

—Hizo mal. Pudo ser usted la victima de… de esa cosa que esta noche entró en el hotel. ¿Ha ocurrido otras veces? ¿Despertó fácilmente su marido de los efectos de los sedantes?

Ella terminó por inclinar la cabeza y asentir tristemente.

—Sí —susurró—. Pero despertaba calmado, tranquilo…, y terminaba por volver a dormirse.

—¿Nunca ha hecho esto de desaparecer súbitamente?

—No, nunca —la voz de Luz Falcoa se ahogaba en su garganta, angustiada.

—Bien. Busquemos por toda la casa. Si no está, la cosa puede ser grave.

—¿Qué… qué quiere decir con eso? —gimió Luz, mirándole patética.

—Aún no lo sé, señora. Pero de antiguo existe en algunos países europeos la superstición de que un enfermo de epilepsia puede ser una especie de hombre-lobo o criatura mitad bestia, mitad humana.

—Dios mío… —Se horrorizó ella, llevándose las manos al rostro.

—No es que acuse de nada a su marido. Pero esta noche, aquí, alguien ha asesinado de un modo demoníaco a la cuñada del señor Leyton, y ese alguien utilizó la ventana que da a la plazuela para entrar y salir. No resulta difícil, porque debajo está la techumbre del porche. Ese alguien podría ser una rara especie de reptil gigantesco que, francamente, yo desconozco que exista por aquí…,

o un enfermo mental, que se cree realmente una bestia feroz.

—Joao es un hombre difícil y violento, pero no puedo creer, en modo alguno, que haya sido capaz de… de algo así —había lágrimas cuajadas en los negros ojos de Luz.

—Yo tampoco. De momento, vamos a mantener oculto a todo el mundo lo que sucede. De otro modo, es posible que el pueblo entero saliera en busca de su esposo y, caso de ser éste inocente, no creo que un salvaje linchamiento sea la mejor forma de resolver las cosas, ¿comprende?

—Sí, pero ¿qué puedo hacer? Mañana acabarán notando su ausencia…

—Usted dice que descansa, y nada más. A primera hora, yo he de salir de caza. Imagino que la trágica muerte de Stella Caine no impedirá que inicie mi cacería, aunque tenga que salir sin el señor Leyton. Buscaré el rastro de Joao Vargas en la selva. Si está allí, lo encontraré y le haré volver, no tema.

—¿Usted… usted hará eso por él? —gimió Luz Falcoa.

—No. Lo haré por usted, señora —rectificó suavemente Frank, dando media vuelta y regresando a la planta alta de la casa.

Allí seguían Jair, el doctor y el cuñado de la víctima. Una sábana cubría piadosamente en el lecho el cuerpo sin vida, triturado y desangrado, de la infortunada Stella Caine la mujer que había ido por snobismo al interior del Amazonas, para encontrar allí una muerte horrenda.

—¿Algo nuevo, Harris? —demandó roncamente su jefe en aquella expedición.

—Nada, señor Leyton —negó—. Veamos ese rastro de nuevo…

Esta vez no se conformó con examinar el alféizar y su viscosa huella. Saltó a la techumbre del porche cuidadosamente. Su linterna siguió el reguero brillante, hasta ese mismo tejadillo, y de allí al suelo. La luz se derramó por el porche y el suelo, siguiendo hacia la inmediata esquina del edificio, hacia un callejón angosto, formado por cuatro casuchas. Detrás, aparecía la jungla, fundida en la neblina fría de la noche tropical junto al río.

Clavó sus ojos en la espesura. De noche cerrada, no iba a cometer el error de seguir más lejos aquel rastro misterioso. Le bastaba con saber por qué punto había huido la criatura que cometió el horrible asesinato.

—Ése será, mañana, mi camino matinal… —se dijo con firmeza, regresando al hotel.

Por contraste con la noche anterior, fría y brumosa, el día resultó como no podía ser por menos: límpido, caluroso, con un sol ardiente sobre la jungla. Pero mucho antes de que ese sol calentara con fuerza, Frank Harris y su compañero Jair, junto con un Howard Leyton inseguro, cansado y demacrado, emprendían la marcha a través de la espesura, con sus rifles, revólveres, sus redes de caza y unas grandes cestas para la captura de reptiles y anfibios.

—¿Por qué no se queda con su esposa, señor Leyton? —le había sugerido Frank, antes de partir.

—No —negó él—. Hemos venido a cazar, y nada ni nadie impedirá que lo hagamos así. Wanda se queda con la dueña del hotel, y mañana al amanecer enterraremos a Stella.

—Ha sido una espantosa desgracia, pero eso no puede alterar nuestros planes. Adelante Harris.

Era un hombre entero, pese a su aspecto maltrecho.

Harris admiró su firmeza de carácter, pero nada dijo. Se inició la marcha a través de la espesura verde y exuberante. Justamente por el punto hasta donde siguiera el rastro la noche antes.

—¿Será ésta una buena ruta, Harris? —se interesó Leyton.

—Cualquiera es buena, en estos lugares —asintió él—. Abundan las especies que debemos cazar en primer lugar, señor Leyton. Hoy nos ocuparemos de las serpientes de coral o micruroides, y también de los irarás, esos hermosos mustélidos parecidos a la marta, que tan fuerte depredación hacen de roedores, aves e insectos. Son relativamente fáciles de hallar. Y también de cazar, si hay suerte.

Se adentraron en la jungla, sobre el terreno blando de las vecindades del río Juruá. Frank Harris iba delante, con su rifle bajado, puesto que no pensaba utilizarlo, a menos que fuese absolutamente necesario. Y al pensar en esa posibilidad, no se refería a los animales de cacería, sino a otro más inquietante e indefinido, como era el que atacó a Stella Caine, el que había hecho ya tres víctimas en el poblado, en otras tantas noches.

El sol fue subiendo en el cielo. Los colibríes, abundantísimos en aquellas regiones, ponían su pintoresca nota de colorido en los altísimos árboles, revoloteando juguetonamente sobre sus cabezas.

La primera pieza que se les puso a tiro, fue precisamente la que

menos podían ellos esperar: una zarigüeya trepadora, mamífero lanudo, trepador, que les contempló curiosamente desde los árboles.

Escapó apenas le pusieron la vista encima. Harris sonrió, deteniéndose.

—Tendrá usted una zarigüeya en breve. Son curiosas y les atrae cualquier cosa que no les es familiar. Preparemos la trampa, señor Leyton…

Lo dispusieron todo para aprehender al singular mono trepador, con una red extendida, y en medio de ella una serie de objetos y alimentos llamativos. Luego, se alejaron, ocultándose entre la espesura.

La zarigüeya no tardó ni media hora en volver. Se quedó contemplando todo lo que reposaba sobre la red. Miró, curiosamente, en torno, hasta convencerse de que nadie parecía vigilar y observarla. Y saltó a la red, para aferrar algo de todo lo que tanto le atraía.

Funcionó el mecanismo automático. La red se elevó, envolviendo a su presa. Los chillidos del simio fueron estridentes y rabiosos. Trató de morder la red para escapar, pero las fibras eran duras y resistentes a sus intentos. Harris y sus acompañantes regresaron, contemplando al curioso ejemplar.

—Hemos iniciado la caza con buen pie —comentó Harris—. Jair, carga con él, y sigamos.

Nelson Jair manejó la red hábilmente, metiéndola en un cesto amplio, con ruedas, que aseguró, empezando a arrastrarlo entre la frondosidad selvática.

La segunda pieza cazada, resultó más peligrosa y escurridiza: se trataba de una serpiente de coral, de bellísimos tonos negro, rojo y amarillo, tan hermosa como llena de peligro. Era una micruroides especie conocida por su condición de altamente venenosa.

Pero Harris logró conducirla también a una trampa, mediante un animal muerto y un cesto plegable de mimbres fuertes, que se cerraba en el acto al penetrar la serpiente en él, y Nelson Jair cargó con dos piezas en vez de una.

Paulatinamente, se iban alejando del poblado, siguiendo el cauce del río hacia el sur, mientras el sol subía hacia su punto más alto. Cuando llevaban cosa de una milla larga de camino, el terreno se hizo menos frondoso, pero también mucho más blando bajo sus

pies.

De súbito, tras un alto cañaveral, surgió una zona baja, inundada por las aguas del río. Crecían en ella cultivos de arroz, plantas tropicales y grandes flores silvestres de colores amarillentos y blancos, rodeados de grandes hojas que parecían de plástico.

—Los pantanos —dijo Harris, pensativo—. Cuidado. Es zona peligrosa, no sólo por sus posibles trampas naturales, sino también por la existencia de caimanes y de reptiles.

—Mire… —señaló Nelson Jair a la distancia—. ¡Una casa!

Harris ya la había visto antes. Asintió, pensativo, fija su mirada en una edificación de adobe y cañas, amplia y bastante sólida al parecer, edificada en medio del marjal. A su lado, otro edificio, un anexo algo más pequeño, pero igualmente sólido, se alzaba entre cañaverales.

—Es la casa de los Carlson —explicó.

—¿Los biólogos? —recordó Howard Leyton, volviéndose hacia él.

—Sí. Un buen lugar para estudiar la fauna tropical. Pero un mal sitio para cometer imprudencias. Supongo que todas las aberturas de la casa estarán bien cerradas para evitar intrusos peligrosos… Vengan, nos acercaremos allá. Sigan ese sendero junto al cañaveral. Es seguro. El resto puede ser movedizo.

Empezaron a avanzar pausadamente, en fila india, utilizando el angosto camino bordeado por un largo cañaveral entre zonas pantanosas. Estaban ya cerca de la casa, cuando una voz áspera brotó de alguna parte, conminándoles:

—¡Alto! ¡No se muevan de donde están!

Harris paró, alzando un brazo para ordenar lo mismo a los demás. Esperaron. De la edificación del anexo, emergió un hombre armado de rifle, que les encañonó sin contemplaciones.

—¿Quiénes son ustedes? —Quiso saber—. En el pueblo saben que nadie debe acercarse a mi casa…

—No somos gente del pueblo —negó Harris—. Venimos a cazar animales vivos para un parque natural y un zoológico de régimen abierto.

—Ah, ¿es usted, acaso, el cazador Frank Harris?

—El mismo. Y los que me acompañan, mi jefe, el señor Leyton, y mi ayudante, Nelson Jair. ¿Es usted, quizá, el doctor Carlson?

—Exactamente —el hombre respiró hondo, bajando el rifle—. Acérquense, por favor. Y perdonen el recibimiento. Pero no me gustan los curiosos del pueblo, por estos lugares. Luego, siempre van diciendo tonterías por ahí.

Avanzaron hacia la casa. El doctor Carlson era un hombre alto, delgado y fibroso, de tez curtida por la intemperie, ojos claros y brillantes, y nevado cabello liso. Iba en mangas de camisa y calzaba unas botas fangosas.

Cuando estuvieron a su lado, estrechó la mano de todos ellos, y les invitó a entrar en la casa, tras dejar junto al anexo las grandes cestas con sus presas.

Una especie de salón o gabinete donde un ventilador funcionaba, accionado por una batería eléctrica, les acogió de modo confortable, poco usual en aquellas latitudes. Les sirvió bebidas frescas, y se acomodó con ellos, sonriente.

—Mi hija me habló de usted, señor Harris —sonrió el biólogo—. Parece que le causó usted muy buena impresión.

—Es un sentimiento mutuo. Tiene usted una hija muy hermosa.

—Y muy inteligente —suspiró el doctor Carlson—. Sin su ayuda, creo que nada de cuanto hago podría haberse llevado a efecto jamás. Es de una ayuda inestimable en mis investigaciones, a pesar de que ella no esté doctorada en Biología ni en Zoología.

—Tiene usted mucha suerte en tener una hija así —sonrió Harris, mirando en torno. ¿No está ahora en casa?

—Oh, sí. Pero está trabajando. En el laboratorio. Estudiamos durante horas enteras la conducta de los animales de estas regiones. Es una actividad fascinante.

—Lo creo. ¿Han encontrado en esta zona algún animal que se salga de lo corriente?

—Bueno, son muchos los que se salen de lo corriente, señor Harris, y usted debe saberlo, puesto que está aquí para cazarlos…

—No me refería a eso, sino a alguna otra especie que ni siquiera yo pueda conocer, algo que nadie sabe que exista en la fauna del Amazonas, doctor.

—Temo no entenderle. La fauna es una de las más variadas y sorprendentes del mundo, pero creo que todos los animales están más o menos clasificados y definidos…

—No todos, doctor —negó Howard Leyton sombríamente—. Un

animal totalmente desconocido para nosotros, mató anoche a mi cuñada; en el poblado.

—¿Qué? —El doctor Carlson se echó hacia adelante, mirándole con un asombro que parecía legítimo—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho. ¿Conoce a algún animal gigantesco, capaz de triturar los huesos de un ser humano, succionándole a la vez la sangre de sus venas, y dejando luego una huella babeante, viscosa, de su paso por el lugar del crimen?

El doctor Carlson tenía un leve tinte de palidez bajo su tez curtida por el aire y el sol amazónicos. Meneó la cabeza, perplejo. Harris no le perdía de vista un solo momento.

—Cielos, no —murmuró—. ¿Existe, realmente, algo así?

—Tiene que existir —asintió Frank Harris—. He seguido su rastro. Incluso hoy, en la selva. He visto en algunos puntos su viscosa huella. Parecía dirigirse a los pantanos.

—¿Hacia aquí, quiere decir? —Se agitó el científico.

—Sí, doctor —afirmó lentamente Frank—. Por eso le hice la pregunta. Usted es un zoólogo, un investigador. Tal vez pudo hallar indicios de la presencia de alguna criatura desconocida hasta la fecha…

—Una criatura mezcla de enorme serpiente, capaz de triturar con su abrazo, de vampiro que succiona la sangre…, y de babosa, pongamos por caso —señaló el científico sueco, mirándole con fijeza—. ¿No es eso?

—Algo así —asintió Frank, pensativo—. Raro ejemplar. ¿No le parece?

—Sí. Demasiado raro, diría yo. No tiene sentido. No me imagino algo así.

—Yo tampoco. Sin embargo, tiene que existir. Lleva ya tres víctimas en tres noches sucesivas. Tres personas muertas del mismo modo, doctor Carlson.

—Es horrible. ¿Han dado cuenta de ello a las autoridades brasileñas?

—Ya sabe las distancias que existen en estas regiones.

—Cuando sepan en el Gobierno lo que sucede, habrá transcurrido, como mínimo, un mes. Si queremos combatir a esa nueva especie tan peligrosa, tendrá que ser por nuestros propios medios.

—Investigaremos, de todos modos, por si diéramos con algo que nos sirve de pista para el hallazgo de tan extraño animal, se lo aseguro —suspiró el zoólogo—. ¿Quieren venir a ver a mi hija y, de paso, conocen nuestro lugar de trabajo, caballeros?

Leyton iba a negarse, pero Harris se le adelantó con rapidez:

—Sí, nos gustaría mucho —admitió—. Es muy amable, doctor…

—No siempre, ni con todo el mundo —sonrió el doctor Carlson, incorporándose—. En estos lugares tan alejados de la civilización, ya sabe que la ignorancia es un peligro. La gente se inventa fantasías sobre el trabajo de uno…

Salieron de la casa, cruzando hacia el anexo. El doctor abrió la puerta, y se hallaron en una sala medio vacía, a cuyo fondo se abría una puerta. Avanzaron hacia ella, el doctor la abrió, y se encontraron en un recinto amplio, lleno de jaulas, vitrinas, mesas de trabajo con microscopios, recipientes conteniendo ranas y criaturas pequeñas de los pantanos, en agua turbia, y un sinfín de útiles de laboratorio.

Sentada ante la mesa, el ojo fijo en un microscopio, se hallaba la bella Ilse Carlson, que giró la cabeza al oír la puerta, empezando a hablar:

—Papá, creo que he descubierto que el tejido de estas ranas es de… ¡Usted, señor Harris! —Se interrumpió, al ver al joven cazador, abriendo mucho sus azules ojos e incorporándose vivamente—. ¡Qué grata sorpresa! ¿A qué debemos el honor de esta visita?

—Los pantanos están en nuestro camino de hoy, buscando animales vivos —sonrió Frank, inclinándose ante la joven—. Eso fue todo, señorita Carlson.

Hizo las presentaciones. La joven parecía radiante, complacida con aquella visita que les sacaba de su rutina habitual. Hundió las manos en los bolsillos de su blanca bata, y le invitó a Frank:

—Si quiere ver nuestros ejemplares, venga, por favor… Son los que nos sirven para el estudio de sus respectivas conductas…

Frank la siguió de buen grado. Toda clase de pequeños anfibios, en recipientes adecuados, compartían el laboratorio, junto a un terrario amplio y seguro, en el que se mezclaban reptiles, iguanas y saurios.

—Una peligrosa familia para tenerla acogida en casa —comentó jovialmente Frank—. Tenga cuidado con que un día se libere alguno

de ellos…

—Están seguros, no tema. Papá y yo somos muy minuciosos en esos detalles. Nuestra vida depende de ello.

Terminaron su recorrido junto a otra pequeña puerta, forrada de chapa metálica claveteada. Frank la miró, curioso, al ver que regresaba al centro del laboratorio.

—¿Y ahí? —indagó—. ¿No tiene más ejemplares?

—Oh, no —negó ella vivamente—, ahí no hay nada, salvo material de trabajo. Éste es todo nuestro zoológico particular, señor Harris.

—Ya veo… —Frank trató de olvidar la puerta cerrada.

Sus ojos, sorprendidos, se fijaron de repente en un frasco grande, dentro del cual se agitaban unas cuantas ranas multicolores, de las muy venenosas.

—Pertenecen al grupo Dendrobatinae —explicó ella, al verle contemplándolas—. Ya sabrá que son tan bellas de colorido como peligrosas, por su veneno mortal, que paraliza y mata sin remedio.

—Lo sé, lo sé. —Frank se estremeció, señalando a una de ellas —. Pero esa rana…, tiene algo extraño, señorita Carlson… Tiene… cuatro patas y dos manos…

—Es un pequeño monstruo, si —sonrió Ilse Carlson, arrugando el ceño—. No es culpa suya ni nuestra, sin embargo. Tenemos un ayudante muy especial. Amaraldo Quadra no es solamente un experto zoólogo, sino un hombre con ideas especiales sobre la biología animal. Le fascinan las mutaciones.

—Mutaciones… —repitió Harris, pensativo—. ¿Qué clase de mutaciones?

—Cualquiera. Las naturales y las artificiales. Suya fue la idea de hacer injertos, cruces y alteraciones en determinadas especies. Por fortuna, lo limitó a pequeños animales. Pero no nos gustan sus métodos. Son inhumanos. Esa pobre rana no podrá sobrevivir mucho. Ya se nos murieron unos pequeños anfibios a los que injertó tejidos de otros animales, para obtener luego cruces extraños.

—Unas ideas muy poco éticas, ciertamente. Su colaborador es un fabricante de pequeños monstruos. Pero igual se le podría ocurrir fabricar un día algo mayor Y más terrible… ¿Dónde está ahora?

—¿Amaraldo? —El doctor Carlson terció rápidamente en la

charla—. Lo ignoro. Le despedí anoche.

—¿Por qué anoche, precisamente? —se asombró Harris.

—Nunca me gustaron sus métodos. Como usted dice, es inhumano crear un ser monstruoso de un animal normal. Se empieza por algo así, y nunca se sabe cómo se puede terminar. Ayer, llegó más lejos aún. Cuando mi hija había ido al poblado por provisiones, le sorprendí… ¡intentando injertar tejidos de iguana en un murciélago! El resultado iba a ser horrible, pero afortunadamente lo vi a tiempo. Y maté a la criatura resultante. Luego, despedí en el acto a Quadra.

—Ya. —Frank se frotó el mentón—. ¿Cree que habrá ido al poblado?

—Lo ignoro. Siempre tenía una embarcación propia. Debió irse río arriba, no sé. No quiero volver a verlo. Mi hija y yo haremos este trabajo solos, estoy seguro. Sin mutaciones horribles, dolorosas para estos pobres animales cautivos.

—Veo que tenían un colaborador de extrañas teorías —comentó Harris, mirando su reloj—. Por el bien de todos, espero que esté lejos de aquí, en estos momentos… Bien, señorita Carlson, doctor… Ya les hemos molestado lo suficiente. Nos vamos ahora. Tenemos que cazar aún un par de piezas como mínimo, antes de que oscurezca.

—¿No se quedan a almorzar aquí? —invitó Ilse, desilusionada.

—No, gracias. Almorzaremos por el camino. No podemos perder más tiempo. —Frank estrechó la mano del científico. Luego, la de su hija, cuando Ilse les llevó hasta la salida del laboratorio, sin que su padre permaneciera lejos.

—Hasta otra vez, señor Harris —se despidió la bella joven.

Frank se inclinó, en despedida, y se alejó con sus acompañantes y su carga. Ya estaban lejos de la casa cuando abrió la palma de su mano, mirando lo que ella, Ilse Carlson; había dejado deslizar en ella, disimuladamente al despedirse.

No dijo nada a sus acompañantes, limitándose a leer el pequeño trozo de papel donde, presurosa, había garrapateado unas pocas palabras sorprendentes:

«Por favor, no me abandone. Las cosas no son como dice mi padre. ¡Tengo miedo!».

Ése era el mensaje de Ilse Carlson, la muchacha de los pantanos.

Capítulo VII

DECLINABA la tarde cuando la pequeña comitiva regresó al poblado. Tras ellos, en sus respectivas cestas y redes, hasta cuatro piezas obtenidas en la jornada. A las primeras se había unido ya un tapir y un mono aullador.

Instalaron todas las piezas obtenidas en un patio del hotel, bien aseguradas. Frank se encaminó inmediatamente a presencia de Luz Falcoa. Ella le miró. No necesitó hacer pregunta alguna. Ella misma habló, meneando negativamente su cabeza:

—No ha vuelto. No sé dónde está.

Frank no hizo comentarios, pero su rostro se ensombreció. Se despojó de su sombrero y del rifle, dejándolos en un banco, para volverse a la hostelera.

—¿Lo sabe alguien más?

—Me…, me temo que sí —gimió Luz—. Joao dejó a deber unas consumiciones anoche, a ese maldito de Ze Moreira. Es una rata. Vino a cobrar. Le pagué, pero quería ver a Joao. Le dije que dormía. Ha vuelto hace menos de una hora, insistiendo. Tuve que decirle lo mismo. Creo que recela algo… Joao nunca se quedó un día entero en la cama, y él lo sabe.

—¿No es de fiar Ze Moreira?

—No, en absoluto. Es un cerdo. Mira a las mujeres como si las desnudara. Su mirada me da náuseas. Me ha hecho proposiciones muchas veces. Le gustaría ver muerto a Joao porque sabe que, por muy infierno que sea mi vida, no voy a serie infiel con nadie. Lo que él ignora es que, si me quedase sin esposo, la última persona a quien atendería es a él. Joao es un enfermo y un vicioso. Pero Moreira es un canalla, sin escrúpulos ni conciencia.

—Lo entiendo. Trate de mantener el engaño. Si la gente recelase algo, podría ocurrir que…

De repente, sonó un estrépito de vidrios en algún lugar del hotel,

y unas voces gritaron en la calle:

—¡Joao Vargas! ¡Queremos verte, Joao! ¿Por qué no sales?

—Sí, Joao, ¿qué ocurre que no te dejas ver? —Clamó otra voz—. ¿Tanto miedo tienes?

—¿O es que te has escondido, después de convertirte en hombre-lobo por la noche? —retumbó una tercera voz, burlona.

Otro estrépito de vidrios rotos, y una piedra rebotó dentro del hotel. Harris encajó fieramente las mandíbulas. Se dispuso a ir hacia la puerta del establecimiento. Luz le contuvo.

—No: por Dios, no se arriesgue usted. Son como fieras, cuando intentan algo… Deben estar ebrios, además. Y alguien les contó la leyenda del licántropo…

—Eso era de temer. Está muy extendida. No se mueva. Deje que yo resuelva esto.

Frank Harris avanzó resueltamente hasta la puerta del hotel. Asomó al porche cuando una tercera piedra hacía añicos el cristal de la otra ventana. Se enfrentó a un grupo de unos veinte hombres, plantados frente al hotel. Algunos empuñaban antorchas, otros machetes e incluso barras de hierro. Ze Moreira formaba parte del grupo, dando voces estentóreas.

—¿Qué hacen aquí? —Espetó Harris—. Vamos, vuelvan a sus casas y no sigan arrojando piedras. Podrían herir a alguien.

—Usted no se meta en esto, cazador —masculló Moreira—. Es un forastero. Y éste es un asunto entre nosotros. Queremos ver a Joao Vargas, eso es todo.

—¿Por qué quieren verlo ahora? No está en condiciones…

—Eso a usted no le importa. Que salga Joao, o entramos a por él —rezongó otro—. Queremos saber si cuando le dan esos ataques puede convertirse en hombre bestia. Ha ocurrido otras veces.

—No ha ocurrido nunca, salvo en cabezas ignorantes y supersticiosas como las suyas —cortó Frank, enérgico—. He dicho que vuelvan a sus casas y reanuden su vida normal. El doctor Nunhes le dio un sedante y descansa ahora en su cama.

—¡Miente! —Chilló Moreira—. ¡El doctor Nunhes esta ebrio en la cantina y ha terminado confesando que hoy no ha visto al paciente porque la señora no quiso! ¡Eso significa que lo tiene escondido… o que ha huido, tras cometer su tercer crimen!

El grupo avanzó amenazador hacia el hotel. Harris, rápido,

desenfundó su revólver. Hizo un disparo a los pies de los que avanzaban. La bala levantó polvo y piedrecillas ante los hombres, que pararon en seco.

—¡He dicho que se vuelvan atrás! ¿O quieren obligarme a que abra fuego? Esta vez lo haré a dar, amigos. Y no quisiera hacerlo…

—Sólo le quedan cinco balas en el cilindro —se burló Moreira—. Somos más de veinte, cazador. ¿Qué hará con el resto?

—Yo me ocuparé de ellos —apoyó otra voz junto a Frank. Y el cerrojo del rifle de Nelson Jair puso respeto en los reunidos, que se vieron encañonados por dos armas de fuego—. ¿Qué os parece eso, muchachos?

Esta vez sí. Retrocedieron asustados. Ze Moreira enarboló sus recios puños.

—No va a conseguir nada con esto —declaró—. Haremos justicia a nuestro modo, lo quiera o no. Joao es el culpable, y va a pagar por ello.

Pero ya se dispersaban todos, asustados por la posibilidad de que ambos cazadores abriesen fuego. Lentamente, se fueron alejando, terminando por entrar unos en la cantina e ir otros hacia sus casas.

—Vigila bien, mientras yo estoy dentro, Nelson —dijo Frank a su ayudante—. Dentro de poco más de una hora ya nadie se arriesgará a salir de casa y esto se habrá calmado.

—Tómese el tiempo que crea preciso. Sí veo algo raro, haré un disparo.

Harris afirmó, yendo de nuevo a reunirse con la señora Falcoa. Leyton y su mujer estaban en el comedor, demudados, temiendo lo peor.

—Cálmese —aconsejó Frank—. Ya no sucede nada. Pero la situación para su esposo es delicada, señora. Están convencidos de que, en sus crisis, se vuelve bestia o algo parecido.

—Eso es lo que usted había sugerido anoche, ¿no es cierto? —musitó ella.

—Sí. Pero no creo que su esposo sea culpable de nada.

—¿Por qué ha huido, entonces? —gimió ella.

—No lo sé. Tal vez vio algo y trató de seguir al visitante nocturno que mató a Stella Caine. Tal vez sufra alguna otra crisis, o esté asustado por alguna razón. Puede haber muchos motivos para ese comportamiento suyo.

—Pero ninguno demasiado claro… —susurró ella. Y ante el silencio de Harris, añadió, tomando una mano del cazador, con súbito fervor—. Una vez más, gracias por su ayuda. No sé lo que sería de mí en estos momentos sin su ayuda…

—No tiene por qué decirme esto, señora —sonrió Frank, mirándola y apretando calurosamente la mano de ella con las dos suyas—. Le ayudaré en cuanto me sea posible, esté segura de ello…

—Lo sé. A su lado no siento miedo alguno… —susurró Luz Falcoa pálidamente—. No sé por qué, pero me siento segura, protegida… como nunca lo estuve.

Se desprendió de él y fue a la cocina, serenamente, para disponerlo todo para la cena. Frank caminó hacia el comedor, pensativo. Howard Leyton se encaminó al porche, fumando un cigarro, y cambiando algunas palabras con Nelson Jair, que seguía vigilando el exterior. Al parecer, todo estaba allí sin novedad.

Wanda Leyton, la esposa, se aproximó a Harris hasta llegar junto a su espalda. Habló en un murmullo ronco.

—Harris, ¿le gusta a usted esa mujer?

—¿Quién? —Frank se volvió sorprendido.

—La hostelera, Luz Falcoa…

—Es una mujer que necesita ayuda, eso es todo. Tiene su marido, señora.

—Yo también —musitó Wanda—. Y aun así, me gusta usted. Me vuelve loca, Frank.

—No diga tonterías. Las mujeres hacen ídolos de cualquiera. Eso no es más que un espejismo. Le atrae la aventura, eso es todo.

—No. Me atrae usted —le puso una mano en el brazo y tembló —. Frank, ¿por qué no me hace caso? Anoche, cuando dejé sola a mi hermana… no era a mi marido al que buscaba, sino… a usted. Mi cuerpo ardía, sentía fiebre, deseos… Pero en ese momento, Howard asomó al corredor. Fingí que lo necesitaba. Me acosté con él, pero mi mente estaba fija en usted, Frank. Fue…, fue como si usted me poseyera…

—Está hablando de más —cortó secamente Harris—. Soy un profesional al servicio de su marido, no un conquistador de esposas.

—Su puritanismo me exaspera. ¿Qué tiene esa mujer que no tenga yo? Es hermosa, lo sé. Pero también ella está casada. Sin embargo, usted la mima, la ayuda en todo… Yo daría media vida

sólo porque se volviese un momento, me mirase como la mira a ella… y besara mi boca, me tomara en sus brazos… Oh, Frank, me retuerzo en la cama, en mis noches de insomnio, pensando en usted, desde que hicimos este maldito viaje… No debiera hablar así, estando aun sin sepultar mi pobre hermana, pero no puedo evitarlo…

—Ya basta, señora —atajó duramente Harris—. Su esposo va a volver de un momento a otro. Olvide esas tonterías. Sólo soy un cazador, no un capricho…

—¡Insolente! —jadeó ella.

Alzó su mano y fue a abofetearle. Rápido, Frank sujetó la muñeca con fuerza, hasta hacerla emitir un gemido de dolor. Los ojos del cazador brillaban.

—No sea chiquilla —le reprochó—. Está haciendo el ridículo. ¿No se da cuenta?

—¡Suélteme! —jadeó—. Su actitud sería otra si Luz Falcoa se echara en sus brazos, estoy segura…

Frank iba a responder, cuando giró vivamente la cabeza.

Soltó a Wanda Leyton, olvidándose en el acto de ella. Escudriñó la ventana que tenía a sus espaldas, pensativo. Avanzó, rápido, hacia ella. Se asomó.

No había nadie. Sólo oscuridad en el poblado, luces en algunas chozas… Ni rastro de persona alguna.

Sin embargo, Frank estaba seguro. Era puro instinto, una intuición súbita, que rara vez le abandonaba y que a veces le había salvado la vida, enfrentado a algún animal al acecho.

—Alguien tenía sus ojos clavados en mí desde esa ventana… —jadeó—. Pero ¿quién y por qué? Sin embargo, estoy seguro de que me miraban…

—Muchos de los animales que tenemos que cazar, han de serlo de noche, señor Leyton —explicó Frank, fumando pensativamente tras la cena—. Pero mientras exista ese monstruo en los alrededores del poblado, resultará muy peligroso aventurarse en la jungla en la oscuridad. Tenga en cuenta que las iguanas, los guácharos, las cecilias, los maracayás y los guardatinajos, son todos animales nocturnos, que se ocultan celosamente durante el día.

—Lo sé. Pero ¿qué podremos hacer, en tal caso? —se quejó Leyton.

—Esperar. Esperar y seguir cazando de día.

—Esperar, ¿a qué?

—A que la extraña criatura sea capturada o muera.

—¿Cree que eso llegará a ocurrir realmente?

—Tiene que hacerse, o esto será una matanza continua.

—Ese ser, quienquiera que sea, siente surgir su ferocidad durante la noche, como tantos otros animales noctívagos. Tenemos que confiar en que la suerte nos ayude y podamos tenerlo alguna vez bajo el punto de mira de nuestros rifles.

—¿Le matará si lo encuentra? Podría ser una pieza Única en el mundo…

—Y demasiado peligrosa para mantenerlo con vida. Sí, creo que no dudaría en matarlo. Es lo mejor que se puede hacer. A menos…

—A menos, ¿qué?

—No, nada. Era una tontería la que se me había ocurrido. Pensé, si podría ser… un ser humano.

—¿Un humano? —Se estremeció Leyton—. ¿También usted comparte la opinión de la gente del poblado sobre ese hombre, Joao Vargas?

—No necesariamente. Pero un hombre fornido podría triturar un esqueleto, si sufría una crisis que centuplicase sus fuerzas, como lo es la locura. Por otro lado, podría creerse un vampiro, y alimentarse de sangre.

—¿Y el rastro viscoso?

—Eso ya tiene más difícil explicación —convino Frank, moviendo la cabeza de modo afirmativo—. Sí, quizá sea, después de todo, una extraña forma viviente… que no sea humana ni animal, con exactitud.

—¿Qué, entonces?

—Si lo supiera… —Frank se encogió de hombros. Estaba pensando en algo que no quería revelar a los miembros de su expedición. Algo íntimo y preocupante, como era el misterioso y apremiante mensaje de Ilse Carlson. ¿Qué peligro acechaba, en los pantanos, a la joven hija del biólogo?

—Creo que voy a retirarme ya —bostezó, incorporándose—. Mañana tendremos otro día fatigoso, señor Leyton. A primera hora, el funeral y entierro de su cuñada, y luego, si lo desea, la cacería…

—Sí. Deseo olvidar muchas cosas. Cazaremos, pese a todo.

Vamos a dormir, Wanda.

Los Leyton se dirigieron a sus aposentos. Wanda dirigió una fría mirada aviesa a Frank Harris, que fingió no advertirla.

Pero Frank no pensaba dormir, ni mucho menos. Apenas se hubieron ausentado los Leyton y su ayudante, Nelson Jair, Frank descendió de nuevo a la planta baja, llevando consigo el rifle y el revólver, así como su potente lámpara eléctrica. Observó que la puerta del hotel seguía abierta. Pese a lo avanzado de la hora, Luz Falcoa no había cerrado su negocio.

—¡Señora Falcoa! —llamó en un susurro, pero bastante audible—. ¿Está usted por ahí?

Nadie le respondió. Frank se aventuró en la cocina. No encontró a Luz. Tampoco en sus habitaciones. El recorrido de la planta baja, fue infructuoso. Luz no estaba en la casa.

Perplejo, se encaminó a la salida. Cerró tras de sí del mejor modo posible, y cruzó la plazoleta por su zona más oscura, sigilosamente, sin poder evitar un gesto de preocupación.

—¿Ha desaparecido también misteriosamente la mujer de Joao Vargas? —se preguntó, inquieto.

Y la respuesta que se le ocurrió, no le gustó lo más mínimo.

Momentos más tarde, se hundía en la espesura, pisando cautelosamente para no hacer ruido.

Capítulo VIII

GRITOS, chillidos, movimientos infinitos, crujidos de ramajes, deslizamientos de cuerpos sigilosos entre la espesura…

Los mil y un movimientos vitales de la gran criatura viviente que es la selva, acompañaban a Frank Harris en su nocturna correría, que no le era extraña, ni mucho menos, pero que en las actuales circunstancias se ofrecía erizada de peligros hasta entonces desconocidos para un cazador experto como él.

La fauna del Amazonas, inesperadamente, se veía enriquecida por un espécimen siniestro y aterrador: una criatura capaz de triturar al ser humano, succionarle la sangre y dejar un rastro viscoso, como de babosa en deslizamiento.

¿Qué extraño e increíble animal gigante podía responder a esos indicios? Absolutamente ninguno.

Y, sin embargo, existía.

Allí, en alguna parte de esa oscura y densa selva, quizá en estos mismos momentos, la alucinante criatura deambulaba en busca de presa, olfateaba la carne humana, se aproximaba a él, ávido de sangre…

Frank Harris no sentía miedo alguno. Si lo que podía atacarle era de este mundo, no podría ser inmune a las balas de un potente rifle de repetición. Y él no creía en seres del infierno, ni en monstruos del Más Allá.

Paso a paso, se fue adentrando en la jungla, alejándose más y más del poblado. Se movía sin una dirección concreta, pero siempre hacia el sur, bordeando el río.

Iba hacia los pantanos.

De repente, fue el silencio lo que le inquietó. Un silencio repentino, súbito. Él, buen conocedor de la selva, sabía lo que eso significaba.

Peligro.

Un peligro real, cercano, latente. El peligro de una presencia viviente que asustaba incluso a los noctívagos de la jungla.

Los pájaros nocturnos no aleteaban. Los monos no chillaban en las copas de los árboles. Los reptiles no se deslizaban entre la hojarasca, limitándose a permanecer agazapados, quietos, en tensión.

Frank alzó el rifle en una mano, tras mover su cerrojo y ponerlo a punto de disparo. Su otra mano esgrimió la lámpara eléctrica, mientras preparaba el arma bajo su axila, presta a hacer fuego sobre lo primero que se moviese.

Siguió avanzando. Paso a paso, lentamente. Muy lentamente. Con la mirada fija en la espesura. Con sus sentidos muy alerta. El dedo en el gatillo. Los ojos, en la negra espesura sobre la que flotaban ya jirones de neblina húmeda.

Abrió un cañaveral. Asomó, cauto.

Y, de pronto, vio la forma al pie del árbol. Un bulto oscuro y encogido, como una fiera al acecho, como un animal agazapado.

Rápido, pulsó el botón de la linterna. Un raudal de blanca luz se derramó sobre la figura.

De labios de Frank Harris escapó una sorda imprecación cuando reconoció a la persona que la luz de su lámpara estaba revelando.

¡Era Joao Vargas, hecho un guiñapo, apoyado en el árbol, su cuerpo tronchado, por cuya piel se veían asomar astillas de sus huesos quebrados, mientras la sangre corría seca desde un par de orificios en su garganta, y había formado espuma en su boca crispada!

Joao Vargas, esposo de Luz Falcoa, sospechoso para la gente del poblado, drogadicto, borracho y epiléptico…

La cuarta víctima del monstruo de la selva amazónica.

Dejó atrás al infortunado Vargas. Ya nada podía hacerse por él.

Un rastro viscoso partía del lugar donde cayera muerto, atacado por la criatura feroz, y le era fácil seguirlo, a la luz cruda de su lámpara. Cuando llegó a un denso cañaveral, apagó la lámpara.

Al otro lado de esas plantas, se hallaban los pantanos. Y en ellos, la vivienda de los Carlson.

Se abrió paso entre los cañaverales, en el mayor silencio posible. Contempló los edificios sin luz alguna, allá en medio del marjal. Bordeando las zonas empantanadas, pegado siempre a los altos

cañaverales, se movió, cauteloso, evitando pisar a las temibles ranas multicolores, cuya mordedura en su pierna podía causarle la parálisis y la muerte. El croar de los singulares y peligrosos batracios, era audible en muchos puntos del marjal.

Llegó a la casa sin dificultades. Escuchó. El silencio en su interior era absoluto. Sin duda, los Carlson dormían profundamente en estos momentos.

Frank meditó. Se aproximó luego al anexo, cautelosamente. Tenía que ver a Ilse, saber qué era lo que temía, qué sucedía realmente en la vecindad fantasmal del pantano, para que la rubia y bella joven tuviera tanto miedo como para entregarle subrepticiamente un mensaje de socorro.

¿Temía, acaso, al ayudante despedido por su padre, Amaraldo Quadra, el hombre aficionado a las mutaciones biológicas, artificialmente producidas en un laboratorio?

¿O era a su propio padre a quien temía realmente ella? Quería salir de dudas al respecto. Una horrible sospecha estaba empezando a incubarse en su mente, y quería llegar al final del asunto, fuese como fuese. Aunque sabía que, de estar en lo cierto, el riesgo que correría seria espantoso…

Creyó percibir ruidos del anexo. Eran como leves roces, sonidos apagados e inquietantes, que se filtraban a través de los recios muros de adobes.

Trató de identificarlos, escuchó atentamente…

Y, de repente, fue como si el negro cielo de la noche tropical se desmoronase súbitamente sobre él, aplastándole con su peso y haciendo estallar su cabeza.

Notó el doloroso impacto en su nuca y occipital. Exhaló un grito ronco, quiso hacer algo y no le fue posible conseguir absolutamente nada.

Se desplomó de bruces, totalmente inconsciente.

Capítulo IX

—FRANK… ¿Se encuentra bien, amigo mío?

Parpadeó, tratando de despertar totalmente, de salir del aturdimiento en que se sentía sumergido. Sacudió la cabeza, centró la mirada, tratando de ver las figuras sin deformaciones.

Y al fin lo logró.

Una sorda imprecación escapó de sus labios, al reconocer a la persona que le hacia la pregunta.

—¡Luz! ¡Luz Falcoa! ¿Usted? —jadeó.

—Sí —sonrió ella—. Yo. Veo que seguimos el mismo destino ambos…

Frank no dijo nada. Estaba estudiando los detalles de la situación. Luz tenía mucha razón en lo que decía. Tanto ella como él, estaban fuertemente ligados a dos columnas o postes de un lugar que le era totalmente desconocido. Las ligaduras eran de material plástico trenzado, muy fuertes.

El lugar, de techo bajo y aspecto lóbrego, era intensamente húmedo. Una luz de petróleo, desde una hornacina rezumante de agua, extendía una luz amarillenta y triste al recinto.

—¿Dónde estamos? —musitó Frank.

—En un sótano —dijo ella—. Prisioneros.

—Prisioneros… ¿de quién?

—¿No lo imagina?

—No quiero imaginario. ¿El doctor Carlson, tal vez?

—No —negó lentamente Luz—. De alguien mucho peor.

—Creo tener la respuesta —masculló él—. ¿Qué van a hacernos?

—Eso… no lo sé. A mí no me quedan muchas esperanzas, cazador. Creo que, por el modo en que me miraba, estoy sentenciada a morir.

—No será muy diferente mi propia suerte, señora —suspiró Frank con amargura. El monstruo necesita alimento, no hay duda.

—¿Quién?

—El monstruo. ¿Es que no lo entiende?

—Entender, ¿qué?

—Aquí estuvo siempre la clave del monstruo de la selva, Luz. Un ser de pesadilla, sin duda alguna. —Pero… ¿qué clase de ser, exactamente?

—Me temo que algo nuevo, diferente… El resultado de un demencial experimento científico…

—Sabe usted mucho, querido Harris.

La voz suave, armoniosa, llegó desde el fondo de la estancia. Miró en esa dirección. Una angosta escalera descendía desde una puerta que acababa de abrirse. La puerta era forrada de metal. La conocía bien. La había visto aquel mismo día, en el laboratorio de los Carlson.

—¡Ilse! —musitó Frank.

—Ilse Carlson, en persona —rió ella suavemente, bajando hasta el sótano, con una luz en la mano—. La pobre y desvalida criatura que le pidió auxilio. Fue muy generoso en venir a prestármelo, Harris. Todo un caballero andante de los tiempos modernos.

—Era mentira. No necesita ayuda ninguna…

—¡Claro que era mentira! —soltó la rubia belleza una carcajada burlona—. Yo no necesité nunca ayuda. Soy la mejor. Y la más despiadada. La ciencia es para mí algo vital. Pero no como la entiende el pobre papá, a la vieja usanza. Hay que ser audaces, ir lejos… investigar, llegar al fondo del gran misterio de la vida humana y animal…

—La entiendo muy bien. Es como imaginaba… Su padre no tiene la menor idea de nada. No sabe la clase de monstruo de la ciencia que es su adorada y dulce hija Ilse… Usted, con la ayuda de Amaraldo Quadra, fue muy lejos en sus investigaciones, ¿no es cierto?

—Sí. Muy cierto —asintió ella roncamente, con ojos fulgurantes, amenazadores y crueles, estando ya cerca de ellos—. Lástima, Frank Harris. Usted me gusta. Me gustó desde un principio. Si secuestré a Luz Falcoa y la traje aquí, fue porque supe esta noche que usted la amaba… Se lo oí decir a otra mujer. Y parecía muy segura de lo que decía…

—Wanda Leyton… ¡Era cierto! Esos ojos que creía notar en la

ventana… Usted me vigilaba…

—Sí, Harris, quería hacerlo mío, que fuese mi ayudante, mi amante también. Luz morirá. Hubiese muerto, de todos modos. Y yo sería feliz a su lado, Harris. Pero usted es demasiado listo, demasiado honesto para seguir el cauce que yo le marque…

—Lo siento, Ilse. Me conoce bien. Yo no admito monstruosidades en nombre de ninguna ciencia. Es usted responsable de cuatro muertes… Usted, y su amigo Quadra… ¿Dónde está él ahora?

—En plena mutación —rió Ilse sardónicamente—. Le ocurre sólo por las noches, cuando oscurece… Papá nunca le ha visto así. Le echó de casa cuando aún era algo, claro. No llegó a ver a mi querido monstruo… ¡A mi obra suprema de la mutación de una especie! ¡Sal, Amaraldo, muéstrate a estos queridos amigos, que te servirán de alimento en breve!

Fue como una llamada a algo espantoso, que surgió de la sombra. Un sonido escalofriante, un susurro, un deslizamiento sinuoso, una criatura reptante, que empezaba a surgir de una densa zona de sombras, un agujero en el húmedo sótano secreto de la casa del pantano…

Y Luz y Harris pudieron, al fin, ver el horror ¡cara a cara!

Ella se desvaneció, con un grito de espanto. Frank Harris, lívido, contempló cara a cara al monstruo de la selva…

Era una bestia aterradora, mitad hombre, mitad reptil.

Un cuerpo enormemente hinchado, adiposo, cubierto de escamas amarillentas y viscosas… Un rostro humano, cruel, endurecido, de facciones deformes, cubierto también de escamosidades, una boca babeante, de enormes dientes… Garras aferrándose al suelo, parte de saurio y de serpiente, parte de hombre…

Aquel horror viviente, poderoso y reptante, era Amaraldo Quadra, el antiguo ayudante de los Carlson… Experimentador y víctima, a la vez, de sus sueños de mutantes animales, junto con Ilse Carlson, la hermosa y angelical rubia nórdica…

Ésta, maligna, ordenó:

—¡Mata, Amaraldo, mata! ¡Son tuyos!

La cosa se movió, como un ente de pesadilla, acercándose a ambos, voraz, goteando baba su espantosa boca, ávida…

Luz Falcoa, por fortuna, no podía ver nada. Harris, sí. Harris iba

a asistir a su trágico final, en poder de aquel monstruo triturador, que se alimentaba con sangre humana…

Fue inesperado todo.

De súbito, el rifle comenzó a rugir.

Fueron uno, dos, cinco, diez disparos. Las balas, en enjambre, se clavaban en el cuerpo escamoso de la criatura mutante, lanzándola de sitio en sitio, desangrándola por varios orificios, entre berridos espantosos de agonía.

Ilse, lívida, se revolvió, viendo en la puerta a Nelson Jair, rifle en mano, humeante el arma, sin cesar de hacer fuego sobre la bestia increíble.

—¡No, no! —chilló Ilse, descompuesta—. ¡A él no, no…!

Se interpuso, suicida, en la trayectoria de las balas, antes de que Nelson pudiera frenar el nuevo disparo. La bala atravesó la rubia y bella cabeza de la joven, abatiéndola al pie de las escaleras.

El rifle siguió disparando, disparando sin cesar, hasta vaciar la carga. Sólo entonces, el acribillado monstruo, el reptil gigante del pantano, quedó inmóvil, roto…

Era el fin. El fin de la criatura mutante de la selva amazónica, y el fin de una pesadilla.

—Gracias, Nelson… —jadeó apagadamente Frank—. ¿Cómo supiste…?

—Sospechaba que haría algo así esta noche. Le vigilé… y le seguí —sonrió su ayudante—. Me alegro de haberlo hecho.

—Y yo, Jair. Y yo… —susurró el cazador, con alivio.

—¿Es posible tanta felicidad, Harris? ¿De veras va a sacarme de este pozo horrible?

—Sí. Luz. Al volver a la civilización, usted regresa con nosotros. Está decidido, si es que así lo quiere.

—¿Quererlo? ¡Es el sueño imposible de mi vida!

—Pues ya es posible, Luz. Prepare sus cosas. Mañana nos iremos para no volver más a Puerto Cruz.

—Frank… ¿Por qué hace esto por mí?

—Porque ahora está sola, es libre… y el viaje a la civilización es largo. Tal vez durante el camino, quiera escucharme algunas cosas que debo decirle. Y si quiere volver a perder su libertad conmigo… será su decisión, Luz.

—Frank… ¡No habrá nada que me haga más feliz! —suspiró Luz Falcoa, con ojos húmedos y voz trémula.

—Entonces… —sonrió Frank—. Hablaremos de ello en el viaje, ¿verdad?

—Sí, cazador —asintió ella—. Mi cazador…

Y sus ojos parecían abrirse a un futuro nuevo, a un horizonte esperanzador, en el que jamás había pensado…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste; es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, *Sexy Cat* y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.